

Alonso de Villacreces é Juan de Bustamante, estantes en la dicha cibdad (1).

RELACION

DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS PROVINCIAS DE ANTIOCHIA POR JORGE ROBLEDO (2)

Relacion de lo que sucedió al magnífico señor capitan Jorge Robledo, en el descubrimiento que hizo de las provincias de Antiochia; é cibdad que en ellas fundó: á lo cual yo Juan Baptista Sardella, escribano yuso escripto, doy fee é verdadero testimonio que me hallé presente con el dicho señor Capitan, á todo lo que abajo irá declarado en la forma siguiente:

Habiéndose hecho rescebir por Gobernador el Adelantado Andagoya, en la cibdad de Cali, que pobló el Governador Velalcázar, envió de allí un capitan a la cibdad de Santana, quel Capitan Jorge Robledo habia poblado en las provincias de Ancerma, é que así mismo fuese recibido. Y á la sazón que á ella llegó el dicho Capitan Jorge Robledo, despues de la fundacion della é pacificacion de aquellas provincias, por más servir á S. M., con cient hombres de pié y de á caballo, habia salido della á descubrir y poblar otra cibdad, como más largo parescerá por una relacion signada de Pedro Sarmiento, escribano. Por cuya ausencia, el dicho Adelantado fué

(1) Acaba con la autorización de Pedro Sarmiento, escribano de S. M.

Nota de Muñoz.

Esta autorización consta también en la otra copia.

(2) *Colección de Muñoz.* Tomo LXXXII. Esta relación está después de la anterior, aunque según su contexto y fecha, debía ser al contrario.

recebido en ella; y con cautela, porque se le diese la loa de primer fundador, quitó el nombre Santa Ana, que aquella cibdad tenia puesto por el dicho Capitan Jorge Robledo, y pusóle San Juan. Y acabó de ciertos dias que el dicho Adelantado estaba rescibido por Gobernador en todas las cibdades, en aquellas provincias comarcanas, aunque con no justo título; el dicho Capitan Robledo vino, con hasta seis ó siete de á caballo á la ligera, á la cibdad de Cali, donde estaba el dicho Adelantado á verse con él, porque en la tierra donde andaba conquistando habia tenido noticia por indios, como habia nuevo Gobernador en la tierra. Porque de ántes aquella tierra era del marqués D. Francisco Pizarro, y como en ella le habian rescibido por Gobernador y dejaba fundada la cibdad de Cartago, en nombre de S. M. y del Marqués Pizarro, en las provincias de Quimbaya y otras muchas á ellas comarcanas, que habia descubierto. Y llegado á la cibdad de Cali, como vió quel dicho Adelantado estaba apoderado en la tierra, no pudo dejar de rescibirle por Gobernador, como hombre celoso del servicio de S. M., por no dar lugar á escándalos y alteraciones, con ciertas protestaciones que allí hizo. Y el Adelantado dió los mismos poderes al dicho Capitan, que de ántes tenia del Marqués Pizarro, los cuales él aceptó con ciertas protestaciones; é aceptados, con la gente quel habia traído y hasta otros quince españoles, que los más dellos estaban enfermos, que serian por todos hasta treinta, con los cuales partió de aquella cibdad, dia de San Miguel, del año de cuarenta. Y salieron con él muchos caballeros hasta el pueblo de indios que dicen de Vijes, y de aquí, en ciertas balsas de cañas que tenia hechas, entrado en ellas con hasta veinte españoles, fué por el rio abajo que sale á Sta.

Marta, y la demás gente fué por tierra; con acuerdo que los que primero llegasen aguardasen en el pueblo grande de los Gorriones, questá á ribera del rio, de aquella banda. Y el dicho señor Capitan y la demás gente que con él iba, con hasta quince balsas por su órden, navegó por el dicho rio quince dias, en los cuales se pasaron muchos trabajos, así por los raúdales que en el rio habia, como por una creciente que nos tomó, que llevó mucha parte del motalotaje y ropa que traíamos, por lo cual despues nos vimos en gran necesidad. Y en fin de los dichos quince dias, allegamos al dicho pueblo grande, á donde ya estaba aguardando el Comendador Hernan Rodriguez de Sosa, con las demás gentes que por tierra iban, y habia dos dias que habian llegado. A donde el dicho señor Capitan estovo quatro dias, en los cuales envió á llamar á los indios que estaban de la otra banda del rio (1), que viniesen de paz, é á dar la obidiencia a S. M.; y vinieron algunos con comida de maiz, yuca y pescado, de que habia mucha falta. En este tiempo que aquí estovimos, el dicho Sr. Capitan despachó á Juan de Ortega, con otro de á caballo, para que a la ligera fuesen á la cibdad de Santa Ana, que á la sazón se decia de San Juan,

(1) Aquí va en el original, al margen, lo siguiente:

“Estos indios, que aquí habitan, tienen una laguna de agua grande, que tendrá de box una legua. Cébase del rio grande por un canal que los indios tienen hecho á mano, que será de tres estados en hondo, é de veinte ó veinticinco pasos en ancho; y cébase cuando el rio crece y las aguas son muy grandes. Y entonces entra tan gran cantidad de pescado en aquella laguna é se cria dentro, que una cosa de admiracion; é al tiempo que verano y no llueve, tórnase á vaciar el agua de la laguna, y en cierto artificio que los indios tienen fecho, al tiempo que se vacia el agua, acaece haber en aquella balsa que queda hecha más de dos estados de pescado. É así lo sacan é lo asan en Barbacoa; é tienen hecho muy grandes troxes dello para rescatar con otros indios. Al rededor desta laguna solia haber muy grandes poblaciones al tiempo que entraron cristianos en la tierra; y de guerras que los unos con los otros han tenido, é de las que los cristianos les dieron, se han destruido, porque la gente es indomable é de muchas traiciones; é no hay agora sino cient casas.

á dar mandado como iba. Y despachado, y entendido por los indios naturales de aquel pueblo; como habian de ser amigos de los christianos, determinó de partirse en las dichas bálsas por el rio abajo, é mandó á la gente, que por tierra iba, que se allegasen primero quel á un pueblo de indios que dicen de Palomino (el cual se llama así, porque mataron allí un cristiano deste nombre) que está la ribera del rio, le aguardasen y nosotros lo mismo si fuesemos primero. Y metidos en nuestras balsas, caminamos por el rio, y al octavo dia nos faltó la comida; y de una parte ni de otra del rio no se halló ningun poblado, donde poder tomar algun refrigerio de comida; y otro dia de mañana viniendo por una vuelta grande quel rio facia en más balsas, descubrimos ciertos ranchos de indios, que son como cabañas á la ribera dél. Y los indios, como tovieron sentimiento, dierónse muy gran priesa á recojer lo que tenian en canoas, y con todo lo que más pudieron se fueron el rio abajo; y quando llegamos á los dichos ranchos, saltados en tierra, no hallamos otra cosa, sino alguna comida de choelo, ques maiz tierno, é melones de la tierra, é ahuyamas, éyuca, é batatas, que son unas raices de buen sabor; é recogida toda la más comida que se pudo; fuimos en seguimiento de los indios con nuestras balsas. Y en muchas partes en el rio dentro del agua, á la orilla, hallamos algunos líos de ropa de algodón, muy galana, blanca é joyas de oro, lo cual fue gran socorro para segun la necesidad de comida se traia. Y otro dia llegamos al dicho pueblo de Palomino, á donde estaban ya aguardando los que venian por tierra, con mayor necesidad de comida que la que nosotros traíamos, la cual les suplimos con lo que del dia ántes nos habiamos proveido. Desde este pueblo, el dicho señor

Capitan mandó al Comendador Hernan Rodríguez que con la demás gente se viniese á la cibdad de Santa Ana, y saliesen della algunos españoles á que hiciesen alto y ahumadas en las tierras que estaban sobre el rio; porqué queria desde aquel pueblo, con las balsas, ir á descubrir por el rio abajo lo que habia. Y así los unos por tierra y los otros por el rio, nos partimos con la poca comida que teniamos, y al cuarto dia nos faltó la comida, y se tomó tierra de la una banda del rio é de la otra, é fuimos la tierra adentro á buscar algun poblado, é nunca se pudo hallar. Donde nos detuvimos algunos dias, é pasamos gran necesidad, así por la falta de comida que teniamos, como por la mala compañía, que los muchos mosquitos, que en el rio habia, nos hacian. Y viendo que mientras allí más estuviésemos, mayor riesgo corriamos, nos echamos el rio abajo; y no hobimos andado dos leguas, cuando algo lejos se oia muy gran ruido quel rio hácia, por lo cual para ver qué cosa era, fué necesario tornar á tomar la tierra, y por una cordillera de sierras, que iba por encima rio, el Capitan envió ciertos españoles á ver que ruido era aquello que sonaba. Y devisaron algo lejos unos raudales quel rio hacia, y muy grandes peñascos y esteros en medio dél; y tornaron á decirlo al Capitan donde estaba. Por lo cual hubo muchos acuerdos, si iríamos por el rio ó no, y fué acordado que rompiesemos un arcabuco de monte de cañaverales, muy espeso. que allí estaba, y viésemos si podríamos hallar algun camino que fuese a algun poblado; y en buscarle nos detovimos tres dias, y nunca hallamos nada; y habia ya seis dias que nos habia faltado la comida y no comíamos sino melones asados y algunas raices, cual ó cual, y otras yerbas. É visto por el Capitan la estrecha necesidad

en que estábamos, y como si allí nos deteníamos podíamos perecer de hambre, quiso ántes ponerse al riesgo del agua, que no al del hambre; y ansí, con acuerdo de todos, partimos de aquel lugar. Echamos delante una canoa con hasta cinco españoles nadadores desnudos, para que fuesen á descubrir por el rio, é el uno llevaba una bandera en la mano, para que si hallase algun gran salto en el rio ó otra cosa donde pudiésemos peligrar, diese con ella en el agua para que tomásemos tierra. Y en órden partimos por el rio abajo, yendo siempre a nuestra vista la dicha canoa, y al cabo de una legua que habíamos andado, á una vuelta de un raudal que el rio hacia, los españoles, que en la canoa iban, dieron con la bandera en el agua, que era ceña que tomásemos tierra con las balsas. Y ellos lo hicieron a tal tiempo, que ellos no fueron señores de detenerse ni nosotros de tomar la tierra, y nos arremetió el raudal y nos llevó de peña en peña, dando en ellas tan grandes golpes con las balsas, que se deshacian é hacian pedazos, y no era hombre señor de poderse tener en pié ni mirar al agua, segun la riezura (1) della. Y en un cabo quedaba una balsa y acullá otra, y como habia tantos dias que no comíamos y vernos en tal aprieto de agua, fue muy grande la flaqueza que nos tomó; pero como nuestro Señor nunca al tiempo de menester desamparó á los suyos, socorriónos en esta manera: que puesto quel raudal era muy grande y habíamos andado por él más de legua y media en un momento, hacia aquí una estrechura el rio muy grande, de dos sierras que se ajuntaban por la una banda y por la otra, y de la una sierra al pié della salia dentro del agua un peñasco grande, y allí el agua hacia unos remolinos;

(1) Así, por: riezura ó fortaleza.

y así como las balsas desembocaban por aquella estrechura, parecia que iban á hacerse pedazos en aquella peña, y como el remolino era tan grande, no dejaba pasar las balsas adelante, puesto que algunos pasaron, todos desecharon muy gran trecho el rio abajo y la gente que en ellas iba se escaparon á Dios misericordia. Y todas las balsas que en aquel remolino pasaron, andaban tau recio á la redonda como una rueda de molino, que era cosa despanto; y otra balsa, en que ciertos españoles iban, se quedó caballera sobre una peña enmedio de aquel raudal, y en ninguna manera pudo de allí salir con los que en ella estaban, porque ningun nadador habia que se atreviese á echarse en el rio para irlos ayudar; y los que en ella íbamos vímonos en muy grande trabajo, porque ninguno sabia nadar; y tengo que si lo supiera, se ahogara; por que segun el aprieto en que nos vimos, confiando en los brazos, el agua les hiciera pedazos. Y allí el Capitan dió ciertas industrias, como de allí los sacasen; é fue que algunos de los indios, que en nuestra compañía iban para nuestro servicio, se atrevieron á entrar en el rio hasta poner en una peña, que estaba algo cerca de la en que la balsa estaba, y los arrojaron una maroma recia hecha de cabuya, y con esta atáronla á la balsa muy recio, y en tierra atáronla á un árbol grande, y luego dieron otra maroma, y con esta postrera cada uno dellos se ataba por el cuerpo, y puestas las manos en la otra en que estaba atada, tiraban los de tierra por la con que estaban atados, y medio ahogados, como cuando sacan algún pescado grande con anzuelo, los sacaron y no con poco trabajo; y así se sacaron otras personas de servicio y mujeres, que en la balsa venian. Todos dimos muchas gracias á Nuestro Señor por tantas mercedes

que ellos serian buenos y estarian en la servidumbre de los españoles; y por cierto así lo hicieron; que despues un español solo andaba por toda la tierra, lo que hasta ella, no hacian veinte. Y en esto, los naturales mostraron el grande amor y mucha aficion que al dicho Capitan siempre tovieron, por los haber él conquistado y buenos tratamientos que siempre les hizo, hasta que el Gobernador Velalcázar vino á la tierra, que con la mala maña que se dió, se alzó mucha della y mataron muchos españoles.

A cabo de ciertos dias quel Capitan llegó á la cibdad de Santa Ana, que, por mandado del Adelantado Andagoya, se decía de San Juan, y habiendo pacificado todos los más señores y caciques de aquellas provincias, con muchas cosas de rescates que les daba sin interés ninguno, é con los buenos tratamientos que siempre les hacian, que la que ellos tienen en más; quedaba solamente por pacificar los señores é indios de un valle que se dice Apia, é aunque habian sido muchas veces llamados con muchos requerimientos para que viniesen de paz é á dar la obediencia á S. M., no lo habian querido hacer. É queriendo ir él mismo en persona á traerlos á la servidumbre de S. M., llegaron aquella cibdad de Santa Ana mensajeros de la cibdad de Cartago, quel habia poblado en las provincias de Quimbaya, en que hacian saber, como por su ausencia toda la tierra se habia alzado, y los españoles que en ella residian estaban en muy grande aprieto; que en todo caso su ida fuese muy breve a ella. É visto por el Capitan el daño que podria redundar en aquellas provincias de Ancerma, si se iba dellas sin dejar pacífico aquel valle de Apia que tan rebelde estaba, acordó de proseguir su jornada para él con cierta gente de á

pié é de á caballo, entre los cuáles iban algunos caballeros é personas honradas. Y estando el Capitan de parada en un pueblo que se dice Chaptapa, supo como un cacique de aquel pueblo llamado Tucarma, habia muerto algunos indios de las provincias, aquel pueblo comarcanas, que venian a la cibdad á servir á los españoles, que salian al camino á ello; y habia muerto dos ó tres indios cristianos ladinos, é habia hecho é hacia otros muchos insultos, de que todos los otros indios se quejaban dél; é sinó se remediaba, podria redundar algun daño, que cuando quisiesen poner remedio, no le hoviese. Sobre lo cual se hobo muy larga informacion, y tomada su confision por las lenguas, por donde parecia haber hecho otras muchas cosas demás de lo susodicho, y fecho su proceso contra él con todos los autos que se requerian; el Capitan le condenó ahorcar, y con las lenguas le hizo entender, como por las cosas y delitos que habia cometido habia de morir, que se tornase christiano y toviere buen corazon con Dios Nuestro Señor, dándole muchas razones para ello, haciéndole entender que sinó lo hacia, penaria su alma para siempre en las penas infernales; y Nuestro Señor que espiró. El el dicho cacique pidió fuese tornado christiano, y ansí se hizo como lo pidió; y estándole diciendo que toviere buen corazon con Dios Nuestro Señor é que se esforzase é que le llamase, dijo: que sí tenia, é que no se le daba ya nada de morir, pues se habia hecho christiano, y dijo otras muchas cosas, segun la lengua decia, que puso muy gran lástima á todos de su muerte, y alegría de ver como se habia tornado christiano. Este cacique llamado Tucarma, era mochacho de edad de 20 años, era muy bullicioso y habia sido parte para que la tierra se alzase las veces que se alzó; y sino fenescieran sus

dias, yiniera gran daño á la tierra, por las malas mañas que tenia.

Hecho todo lo que habia que hacer en este pueblo de Chatapa, el señor Capitan se partió para el valle de Apia, que estaba de allí jornada y media; á donde llegado á él, estuvo pacificando algunos dias los caciques é naturales dél, que se habian ido al monte. y en fin prendió á los señores dél y con ellos se vino á la cibdad de Santa Ana, á donde les hizo una muy larga plática para atraerles al dominio de S. M., é al conocimiento de nuestra santa fé Católica; é que sinó querian venir á él, les haria la guerra, é los destruiria, que para qué querian dar lugar á ello é que mejor era ser amigo de los christianos, que no andar por los montes; é dándoles muchas preseas de cosas que ellos tienen en mucho, los puso en su libertad para que se fuesen donde quisiesen. Y ellos, viendo lo que con ellos se hacia, dieron muchas gracias al Capitan é toviéronsele en mucho, é le dijeron que ellos querian servir á los christianos é ser buenos; é así lo hicieron. Y visto por el Capitan que en aquella provincia no quedaba cosa por pacificar, y la necesidad que de su ida en la cibdad de Cartago habia, puestas aquellas provincias en todo sosiego é quietud é reformada entre los conquistadores é pobladores della, se partió para la cibdad de Cartago, con cierta gente de pié é de á caballo, é llegó á una provincia que se dice Irra, que es á cuatro leguas de Santa Ana, y está á riberas del rio grande de Santa Marta. Y á dos de Enero de 1540, pasó el rio, y como entró en las provincias de Quimbaya, todos los señores de los pueblos y provincias que estaban en la comarca del camino, le salieron de paz, con muy gran cantidad de indios cargados de comidas, de bollos, choclo, ques maiz tierno, é pixavaes, que es una

fruta que llevan unas palmas de allá, é guamas é otras frutas, é para llevar el realaje. É se fueron con el Capitan hasta la cibdad de Cartago, limpiando los caminos, haciéndolos muy anchos; de donde salieron a recibirlos aquellos caballeros que allí habia; é se hicieron muchas fiestas. Y todos estaban admirados ver la servidumbre que los indios traian, habiéndoles visto un mes ántes sobre la cibdad todos de guerra, que no sabian que se decir. Y era tanta la multitud de indios que cada dia acudia á la cibdad, que porque no tuviesen lugar de hacer alguna traicion, el Capitan dió orden como se hiciesen sementeras, de que habia muy gran necesidad, porque como hasta allí la tierra habia estado alzada, no se habia fecho ninguna. É en muy pocos dias se sembró muy gran cantidad de maiz, y como el Capitan vió que los españoles que en aquella cibdad estaban é los que con él habian sobrevenido é no se podrian sustentar, por la poca comida que habia, sin ir por ella a los pueblos de los indios de que ellos tambien tenian falta, por haber andado de guerra; y por no dar lugar á ello y guardarles la paz, la cual siempre ha procurado sustentarla. Y habia algunos dias que tenia noticia, por indios de un valle que se dice Arvi, ques de la otra banda de la cordillera de las sierras nevadas; é así mismo de otro valle, que se dice Quindio, que estaba cerca de aquella provincia de Quimbaya, que se contraba (1) con Arví. Y para descubrir el camino envió á Alvaro de Mendoza, con cierta gente de á pié á la lijera, porque no podian llevar caballos, el cual fué, y á cabo de ciertos dias que de aquella cibdad partió, descubrió aquel valle de Quindio; y hallaron el camino tan áspero y fragoso, que en ninguna manera se podian meter caballos.

(1) Así; tal vez por, contrataba.

Y allí los indios le salieron de paz y le dijeron como todo el camino era como aquello que por delante estaba, é que estaba muy lejos Arvi; é con esto acordaron de volverse á dar razon al Capitan de lo que hallaban. En este pueblo de Quindio hallaron una fruta amarilla como uvas, que dán unos árboles, como majuelas de España, la cual tiene muy buen sabor; é como los españoles la probaron, comieron della y decian que nunca tan buena fruta habian comido. É metiéronse mucho en ella, y de ahí á media ora, todos los que la comieron salieron fuera de seso; y estovieron deste arte un dia y una noche, borrachos, que no sabian de sí parte ni arte, hasta que la humedad de la noche les hizo volver; si los indios quisieran hacer alguna cosa, bien pudieran; pero Nuestro Señor no dió lugar á ello. Y por esto nadie habia de comer fruta sin saber lo que es, en especial en aquestas partes.

Vuelto Alvaro de Mendoza, y dado razon de lo que hallaba, visto por el Capitan como para entrar en el valle de Arvi no se descubría camino, y de estar tantos españoles en aquella cibdad, los naturales se podrian resabiar por les ir por comida á sus pueblos, repartió la tierra entre los descubridores y pobladores della, y con los que sobraron y los que él habia traído, determinó de ir a buscar entrada para el valle y á poblar otra cibdad. Y hecha su gente y adrezado todo lo necesario, donde habia gastado mucha suma de pesos de oro, estando de partida, le llegaron cartas de la cibdad de Santa Ana, en que le hacia saber como el capitan Gerónimo Mejía é el capitan Francisco Vallejo, con otros cuatro de á caballo, habian llegado á ella con recados del Adelantado Andagoya, y queria ir aquella cibdad; que proveyese gente para la pasada del rio é acompañamiento del camino.

Los cuales fueron á la dicha cibdad de Cartago, á donde dieron sus recados al Capitan, é se supo como los españoles que fueron al castigo de Paiz é Apirama, que son unas provincias que están en la comarca de las provincias de Popayán, que á ello envió el adelantado Andagoya los españoles, se habian retirado é tovieron muchos recuentros é guazavaras con los naturales, é se llevaron vivos tres españoles é hirieron muchos é hicieron otros muchos dapnos. Y estando el capitan respondiendo al despacho que habian traído del Adelantado y de partida para proseguir su jornada, llegó aquella cibdad el capitán Pedro de Ayala, con los poderes é nuevas provisiones reales del Gobernador Velalcázar, para que fuese rescibido en ella por Gobernador. Y como le fueron notificadas, puesto que en ellas no se hacia mención de aquella cibdad de Cartago é provincias de Quimbaya é Carrapa é Picara é Paucura é Pozo é Arma é Imatana é otras muchas, que el dicho Capitan habia descubierto é poblado en nombre de S. M. é del marqués D. Francisco Pizarro, le recibió por Gobernador, porque vió un capítulo que en ellas venia inserto, en que mandaba al adelantado Andagoya que se saliese de la tierra si en ella hobiese entrado. Y despachó mensajeros a la cibdad de Cali, al señor Gobernador, haciéndole saber del arte que la tierra estaba é del armada que tenia fecha. Y despachado todo lo que en aquella cibdad habia que hacer, habiendo mandado al capitan Alvaro de Mendoza, que con la genté que estaba hecha é adrezada se fuese á la provincia de Carrapa, é allí le aguardase hasta que despachase lo que tenía que hacer en la cibdad de Santa Ana; é se fué á ella, que ya se decía de San Juan, y aunque así mismo en las dichas provisiones no se hacia mención de aque-

lla cibdad, no quiso dejar de recibirle por Gobernador, por cumplir lo que S. M. mandaba, debajo de cierta protestacion que hizo, fasta que informado de la verdad, otra cosa proveyese y por evitar escándalos y alborotos, que se podrian recrescer de no le rescibir, y otras cosas que en las Indias han sucedido; y fué recibido á 20 de Abril de 541. Y el Gobernador Velalcázar, como se vió recibido por Gobernador de aquella provincia, aquella cibdad de Santa Ana, que el Capitan habia poblado, mandó que se llamase villa de Ancerma, y el adelantado Andagoya San Juan, cada uno por hacer verdadera la relacion falsa que á S. M. hacian. Y el Capitan, por el nuevo recibimiento de Gobernador, tornó á reformar é repartir la tierra, porques costumbre de Gobernadores é Capitanes nuevos deshacer lo que los otros han hecho, aunque sea bueno, é deste arte se pierden é destruyen las tierras. Y porque los conquistadores se pudiesen mejor sustentar, hizo menos vecinos en aquella cibdad de los que fasta allí estaban, aquellos que vió que lo merecian mejor. Y como hobo despachado lo de Santa Ana y al Pedro de Ayala, con la gente que allí sobró, se vino á la Provincia de Carrapa, donde tenia junta toda la demás, para seguir su jornada; donde todos los españoles hobieron mucho placer de su venida. Y partió della é vino á la provincia de Picara, á donde asentó el real é vinieron todos los señores con mucha multitud de indios de paz é muchas comidas, é dieron los tributos á sus amos, en quien estaban depositados. Aquí estuvo el Capitan dos ó tres dias, é partió para la provincia de Paucura, á donde se hizo lo mismo que en la de Picara; é aquí puso en órden toda la gente, é halló que traia ochenta y cuatro hombres, todos isleños los treinta de á caballo é los demás

de á pie, donde venian muchos caballeros é personas honradas. É hizo su alférez á Alvaro de Mendoza y escuadras de á caballo á Gerónimo Luis Texelo é á Diego de Mendoza, y escuadras de á pie a Juan de Frades y Pedro de Matorros.

Puesta el Capitan en órden toda su gente, desde esta provincia de Paucura, con cuarenta hombres de á pié y de á caballo, invió un capitán á que pasase las sierras nevadas, y viese si habia entrada ó camino para el valle de Arvi. Él cual como fue despachado, el Capitan general invió al capitan Vallejo y Alonso de Villacreces á la cibdad de Cartago, á ver si los mensajeros, que habia enviado al Gobernador Velalcázar, eran vueltos; los cuales partidos, en doce dias llegaron a la dicha cibdad, y al tiempo que allá llegaron, ya habia dos dias que eran venidos el Capitan Suero de Nava y el reverendo padre Francisco de Frias, que eran los que se habian ido á ver con el Gobernador, por el señor Capitan, los cuales enviaron los despachos que traian con el dicho Alonso de Villacreces é Juan Bapbtista Sardela, é capitan Vallejo. Y un dia ántes que llegasen donde habian dejado el señor Capitan, llegó el capitan que habia enviado á pasar las sierras nevadas, el cual por la razon quél y todos los que con él venian, decian haberlas pasado, é haber andado muchos dias por despoblado, é dado en cierta poblazon del valle Arvi, á donde una mañana, al cuarto dél alba haciendo muy gran niebla, dieron en ella é tovieron recuento con los naturales; é viendo que eran flecheros, y ellos ir sin caballos, se retiraron ántes que más cantidad de gente se ajuntase. Y se tomaron algunos indios é indias de la tierra para lenguas, y las sierras eran tan ásperas y fragosas, que en ninguna manera se pu-

dieron meter caballos. Y el Capitan viendo la tardanza que los mensajeros, que á la cibdad de Cartago habia enviado, se detenian, estuvo por volverse; lo cual hiciera, si no se lo hiciera cargo de conciencia dejar la gente que consigo traia, perdida, y por el deservicio que en ello á S. M. hacia. Y estando en esto, llegaron los mensajeros, é le dieron los despachos que del Gobernador traian, en que le rogaba efectuese su jornada, porque en ello se hacia muy gran servicio á S. M.; y qué le enviaria el socorro de gente que le envió á pedir. É cómo el celo del Capitan no sea otro, acordó proseguir su jornada. É viendo que no se podia hallar entrada para el valle con caballos, fuimos costeando la cordillera de las sierras nevadas, y pasó á la provincia de Arma, qué de ántes habia descubierto, donde los señores é caciques della estaban alzados. É á la entrada de la provincia, asentó su real, é con algunos indios que se tomaron, envió á llamar los señores viniesen de paz; y le vinieron dos, el uno viejo, unas barbas canas que otro nunca se vió en aquellas provincias, que se llamaba (1), y el otro era mancebo, gentil hombre, venia muy pintada la cara de amarillo é azul é negro, é todo el cuerpo untado con una resina de árboles que huele, é por encima dado con un polvo que se llama vixa, es colorado de árboles, es para defensa del sol y aprieta mucho las carnes. El cual se llamaba Cirigua, é venia con mucha gravedad, é traia delante, demás de otros indios que traia, dos con una vara larga gruesa, puesta en los hombros déllos, y venia toda llena de chagualas de oro, como platos medianos, y coronas y otras joyas metidos en la vara, Traia este, aquel presente para el Capitan, el cual no lo quiso recibir, porque aquel señor era

(1) Hueco en el original.—*Nota de Muñoz.*

de un caballero portugués, que se dice el Comendador Hernan Rodriguez de Sosa, y se le dió todo lo que traia; y el otro señor viejo trujo una olla atestada de oro, que tenia soterrada, lo cual se dió á Antonio Piméntel, porque era suyo.

En esta provincia tovimos la Pascua de Espíritu Santo y el Corpus-Christi, donde los indios nos hicieron algunos saltos y nos llevaron piezas de servicio; é así como las tomaban, las mataban é las echaban a cocer y asar en barbacoa, por quitarse de ruido. La tierra desta provincia es de las ásperas que en estas partes hay; despeñarónse en ella cuatro ó cinco caballos, que no habia ninguno dellos que no valia quinientos, seiscientos castellanos, y se despeñó un español, que se decia Pineda, que se hizo pedazos, que se le fué el pié pasando por una peña, por media ladera.

En esta provincia nos detuvimos algunos dias, pensando que el Gobernador enviára el socorro de gente que se le habia enviado á pedir; y viendo el señor Capitan que no venia, por no destruir la comida á los naturales de las provincias de Arma, partió della, á veinte y dos de junio del dicho año, é vino al pueblo que dicen de la Pascua, qué así mesmo habia descubierto, á donde estuvo tres ó cuatro dias, por hacer los indios de paz, que andaban al monte. Y ántes que de allí saliese; los trujo á ella y trujeron algunos presentes de oro, los cuales el Capitan entregó á la persona cuyos eran. Deste pueblo fuimos al pueblo Blanco, que dicen, á donde todos los naturales estaban alzados y fuera de sus casas; pero como fueron llamados de paz, luego vinieron á ella.

De aquí, visto por el Capitan que no se podia hallar entrada para el valle de Arvi, por ser las sierras muy altas, ásperas é montuosas y

peña tajada, se partió; é descendimos una sierra, que su hondura parecía ir á los abismos, y dimos en un arroyo de agua, grande, y seguimos por él hasta cuatro leguas, y pasamos un despoblado de quince leguas, é dimos en una provincia que se dice Cemefana (1), á donde los naturales, como tovieron sentimiento de nosotros, alzaron todo lo que pudieron de sus casas y se ausentaron dellas; é les fuimos en alcance, é se tomaron algunos indios é cantidad de oro. É llegados á ella é sentado el real, el Capitan habló los naturales que estaban presos, haciéndoles entender, como él venía, en nombre de S. M., á traerlos á su obediencia é al conocimiento de nuestra santa fee católica, é que habian de ser amigos de los christianos dándoles en todo razones para que lo entendiesen, por donde perdieron parte del miedo que tenían; é los soltó é puso en su libertad. É luego vino toda aquella provincia de paz, é siempre traian presentes de oro al señor Capitan, y muchas dellos no quería recibir, diciéndoles qué no venía á buscar oro, que no se lo trujesen. Aquí nos detovimos seis ó siete dias, en los cuales el señor Capitan envió á Juan de Frades, con cierta gente de á pié, á que fuese sobre el rio grande, é viese lo que habia; el cual descubrió ciertos pueblos que estaban á orilla dél, é tovieron recuento con los naturales; é viendo la ventaja que los españoles les tenían, se echaron al rio é se pasaron de la otra banda. Aquí se tomaron algunas piezas, é se tomó mucha cantidad de algodón, de que en el real habia falta para hacer armas, de que todos los españoles se proveyeron dellas; é de aquí el Capitan pasó al pueblo llano, que dicen de las Peras, que tiene más de diez mil indios, é toda la gente dél aestaba alzada. É sentado el real, ha-

(1) Antes ha dicho: Cenufana.

biendo llamado con las lenguas á los indios que en escuadrones andaban de guerra por las lomas, viniesen de paz; viendo que no querian é que hacian burla dél, envió al alférez Alvaro de Mendoza, con cierta gente de pié, á entrar, porque no se sufría llevar caballos por ser la tierra muy áspera é ir de noche; el cual dió en cierta poblazon donde estaban retraidos muchos indios; é se tomaron muchos dellos. Y el Capitan, partido Alvaro de Mendoza, aquella noche al cuarto del alba, con cierta gente de pié y de caballo, salió hacerle alto por una cordillera, hasta que vió que el dicho Alvaro de Mendoza se venia. Y volviéndose para el real, por la otra banda de un arroyo por donde venia, bajaban siete escuadrones de indios, en que habia fasta quatro mill indios de guerra, é bajaron junto al arroyo donde el Capitan iba; y con él íbamos fasta cinco de á caballo. É los indios venian en órden de guerra é traian sus cordeles para atarnos, é sus pedernales é cañuelas, que ellos tienen por cuchillos, para hacernos piezas é comernos, como si todo lo tuvieran fecho; é como vieron que eramos tan pocos de á caballo é que no nos íbamos aunque los viámos llegarse á nosotros, paráronse y empezaron á tocar atambores y bocinas é á bailar é hacernos gestos é darnos grita, y hacian la pernetá é haciendo otros muchos visajes, diciéndonos que nos fúesemos de su tierra. Y el Capitan les habló del arte que á los demás que atrás dejaba, y de tal manera, que aquel dia, ántes que de allí se quitase, se vinieron los más de los indios á él de paz; y estos eran de los más valientes y allegábanse temblando, que no se podian tener en pie, de miedo al Capitan, y cada uno le ofrecia la joya de oro que al cuello traia, y el Capitan no lo queria rescebir é se lo tornaba, diciéndoles: que él no venia á bus-

car oro, ni queria que se lo trujiesen; qué solamente venia en nombre de S. M. para reducirlos á su servicio é al conoscimiento de nuestra santa fee, é ser su amigo. De lo cual no poco todos nos admiramos, de ver unos indios cuán soberbios venian para comernos, y con hablarles el Capitan tres palabras, le vinieron de paz; y lo mismo ha tenido é tiene con los otros naturales por las tierras donde ha andado, que no parece sino que en esto Nuestro Señor le dió su gracia. Y estando el señor Capitan hablando con estos indios, allegó Alvaro de Mendoza con la prisa que traia, é todos juntos se fueron al real, donde llegados á él, el Capitan habló á todos los indios é indias que ansí traia, haciéndoles entender, como porque andaban alzados é ausentados de sus casas é no querian venir de paz habiéndoles llamado á ella muchas veces, les iban á prender; é les decia todo lo demás que era necesario para la quietud y pacificación dellos; y los soltó á todos é puso en su libertad, para que llamasen á los señores que viniesen de paz; é ansí lo hicieron é vinieron algunos. En este pueblo habia mucha comida de maiz é una fruta que se llama *aguacatez*, ques como peras, eran tan grandes como una pera de las de Castilla, de invierno; tienen dentro unos cuescos redondos tan grandes como nueces, son muy buenos para agua de piernas, é habia otras muchas frutas. Y aquí el Capitan tuvo noticia, por indios, como habia ciertos pueblos al pie de las sierras nevadas, y para descubrirlos, envió á Juan de Frades, con cierta gente de á pie, á descubrir el camino, el cual fué, y hora y media ántes de noche dió sobre un pueblo de indios é hizo noche sobre él en un alto que junto á él estaba; é no dió en él, porque no llevaba licencia para ello. É luego los naturales empezaron á dar alaridos y tocar atam-

bores é á llamar los que andaban por sus labranzas, é se juntaron fasta mil indios; é los españoles serian doce, y el dicho Juan de Frades, haciéndose fuerte é velándose toda la noche, estuvo allí hasta otro dia, é con una lengua que llevaba empezó á llamarlos que viniesen de paz é que no hobiesen miedo, que no los haria nada. Y poco á poco, con harto temor de ver tal gente, porque nunca habian visto españoles, se llegó á él un principal, con una corona de paja muy sotilmente labrada, todo emplumajado y los cabellos cojidos en la cabeza y un cuero de nutria colgado de pescuezo, echado en las espaldas, y todo pintado de vija, que parecia un móstruo; y se allegó allí y estuvo hablando con ellos; y como la lengua le hizo perder parte del miedo que tenían, llamó á otros, é asi vinieron muchos é trujieron aquella noche alguna comida á los españoles; y puesta por ellos buena guarda, se estovieron hasta la mañana. É luego queriéndose partir, vino á ellos aquel principal que habia venido de primero, todos emplumajados y envijados, é dijeron que se querían venir con ellos donde estaba el Capitan; é asi vinieron á él, é se holgó mucho con ellos, donde se informó de lo que habia en las sierras nevadas. Pero los indios estaban tan espantados de ver los caballos, que dieran un ojo de la cara por no haber alli venido; pero como perdieron el miedo, dieron mandado al Capitan de una provincia, que estába de la otra banda de las sierras, con quien ellos tenian guerra, y que hallaria entrada para pasar las sierras. Y el Capitan sabido, se partió de alli é vino al pueblo de aquellos indios que le habian venido á ver, que se dice en su nombre Murgia y nosotros le pusimos el de la Sal, porque se halló mucha infinidad della, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de

fuentes saladas que ellos tenían; é aqui estovimos cuatro ó cinco dias, donde vinieron todos los indios de paz, con mucha comida é algunos presentes de oro. Desde aqui el Capitan envió á Gerónimo Luis Tejelo, con cierta gente de pie y de á caballo, á que por una abra que la cordillera de las sierras nevadas hacia, las pasase, que parecian haber abajado algo. El cual fué y las paso, y aquel dia fué á dormir sobre un valle, que en lo bajo dél parecia haber cierta poblazon, que como era puesto el sol y hacia niebla, no se divisaba bien; y púsose en lo más secreto que pudo, por no ser sentido, é estuvo allí hasta el cuarto del alba, que partió. É no pudo caminar tanto, que ántes que al valle llegase salió el sol y los indios le divisaron; y como los vieron, tocaron sus atambores é bocinas é juntáronse hasta mill indios; y los españoles serian hasta 20 de á pie é doce de á caballo. É como ellos nunca habian visto christianos, saliéronles al camino sin dar lugar á que se les hiciese parlamento ninguno, é tovieron con ellos su guazavara, que les duraria tres horas, donde fue bien reñida de ambas partes, é hirieron seis ó siete españoles y mataron é hirieron caballos, donde los españoles se vieron en muy gran riesgo de perderse. Pero como Nuestro Señor nunca desmampara los suyos, la gente de pie lo hizo tan bien, que con la ayuda de los de á caballo rompieron á los indios é los metieron en el pueblo, é se metian en los bohios é otros se subian en la cumbre dellos, como si allí no los pudieran tomar. Y estaban espantados de ver tal gente, que segun ellos despues decian, que cuando los cometieron, pensaron que eran indios; é como les hobieron ganado el pueblo, el dicho Gerónimo Tejelo hizo aposentar los heridos y poner recado en el real, y despachó luego dos mensajeros al Capitan ha-

ciéndole saber lo que pasaba. É aquel mismo día, en la tarde, los naturales se tornaron á rehacer é se juntó un escuadron de fasta tres mill indios, é vinieron fasta junto al pueblo, que echaban los dardos é tiraderas dentro dél; y como el dicho Tejelo vió que los indios tornaban, dejando recado en los heridos con la demás gente, salió otra vez á los naturales, é tuvo con ellos otra guazavara, que duraria hora y media, donde los rompió é fué en alcance dellos una legua, donde se mató alguna gente; y desta vez quedaron tan hostigados, que nunca más tornaron al pueblo. Las armas que estos indios traian eran dardos de palma tostada, largos, é macañas, son como espadas de á dos manos, también de palma, é ondas, é estólicas que es un arma de las más peligrosas que en aquestas partes se halla y se tira la vara encajada en un palo de dos palmos, que casi quiere significar aquello como trancaylo, y con aquel palo en que encaja la arrojan, que va más recia que con flecha.

Como los mensajeros, que Gerónimo Tejelo envió, llegaron donde el Capitan estaba y le dieron mandado de lo que habia subcedido, se partió luego con todo el real para allá, por amor de los heridos y porque allí habia comida de maíz para mas de dos meses, é se aposentó en el. Donde en los bohios, sin lo que en el campo estaba, se halló mucha infinidad de comida, así de maíz como de frísoles, que casi son como alverjas, é muchos cories, que son como conejos, salvo que son más chiquitos, que tienen muy lindo comer, é muchos perros medianos como los de Castilla, salvo que son mudos. Esta provincia se llama en nombre de indios Avurra, y le pusimos por nombre el valle de San Bartolomé; aquí estovimos quince dias, en los cuales, por llamamiento del Capitan, le vinieron todos los

indios de paz, é servian á los españoles, é así mismo vinieron otros pueblos á este comarcas. Aconteció en esta provincia á algunos españoles, yendo por fruta y á caza de aves, ir donde algunos indios estaban; é así como los vian, se quitaban una manta de vara y media de largo é de una de ancho, con que traen atadas sus vergüenzas, quitársela é darse una vuelta al pescuezo y ahorcarse. É yo vi una noche, estando velando en el aposento del Capitan, ciertos indios, que estaban presos porque no querian venir de paz, que hasta allí aun no habian venido, como vieron que no habia lumbre, se ahorcaron dos indios; é de presto como fueron sentidos, como porque ya estaban sobre aviso, sacaron lumbre y se vió como estaban colgados y cogian los piés por ahogarse, y se les cortó con lo que estaban colgados; y el Capitan los mandó llamar é les preguntó con la lengua que porqué se ahorcaban, dijeron que porque se espantaban de ver á los españoles é de las barbas, é que por esto se habian ahorcado muchos; é no era sino que el diablo los engañaba. Desde esta provincia el Capitan envió con cierta gente de á pie á Juan de Frades, á que tornase á pasar las sierras é viese ciertos pueblos, que tenia noticia que estaban sobre el rio; el cual, fué é dió en el pueblo llamado Curqui, é trujo algunas piezas, de las cuales el Capitan se informó de la tierra é le dieron larga relacion della, de la que estaba sobre el rio. Y así mismo envió á Diego de Mendoza, con ciertos de á caballo á la ligera, á que se sobiesen en una cordillera de Zavana, que estaba de la otra banda de un rio que por medio de aquel valle desta provincia pasaba, á seis leguas della, hácia la mano derecha. En el derecho de aquella provincia no pudieron devisar sierra ninguna, sino todo llano como la palma; é hácia

la mano dizquierda, hácia el rio grande, parecian unas sierras de montaña muy fragosas; é se volvieron donde estaba el Capitan é le dieron razon de lo que habian visto. El cual tornó á enviar al mismo Diego de Mendoza, á que con cierta gente de á pie y de á caballo fuese hácia la mano derecha, que era donde caia el valle de Arvi, por aquellos llanos quél habia visto, á ver lo que habia. El cual anduvo por allá á la ligera veinte dias é más, é nunca pudo hallar poblado, sino fueron ciertos bohios como á manera de ventas; é estaba aquí un bohio é á dos leguas otro, é en cada uno habia sembrado su comida de maiz é yuca, é halló muy grandes acequias de agua, hechas á mano; é como vió que no hallaba poblado, volvió donde estaba el Capitan y le dió razon de lo que habia hallado. El Capitan tomó ciertos naturales de aquella provincia, á cada uno por sí, é les preguntó con las lenguas por el valle de Arvi ó por otra alguna gran poblacion del valle; nunca le supieron decir cosa cierta, mas de que le dieron por memoria más de cincuenta pueblos y entrellos muchas provincias é grandes; y al tiempo que se les decia que nos llevasen á ellos, desatinaban, é no sabian; lo que al Nuestro Señor fué servido que así fuese por lo que abajo diré. Visto por el Capitan que hácia la parte de Arvi no se hallaba poblado, por se haber abajado mucho, el mismo con ocho de acaballo, é ciertos peones á la ligera, fué á descubrir por otra parte é nunca pudo hallar poblado, puesto que halló muy grandes edificios antiguos destruidos é los caminos de peñatajada, hechos á mano más anchos que los del Cuzco, é otros bohios como á manera de depósitos. Y el Capitan no se atrevió á seguir aquellos caminos porque quien los habia fecho debia ser mucha posibilidad de gente, é ansi se volvió

al real é se partió de aquella provincia de Avurra, otro dia despues de San Bartolomé, á buscar poblado, é tornamos á pasar las sierras nevadas y por encima dellas por un gran llano que se hacia, venimos seis dias de despoblado, y en fin dellos, sábado de mañana, descubrimos el rio y bajamos á él con harto riesgo de los caballos, por ser la bajada tan peligrosa que no habia quien en pie pudiese abajar, sino arrastrando; y ansi los caballos, poniánles los brazos derechos por el camino y dábanles un empujon en las ancas, y como quien vá resbalando, iban rodando hasta abajo; y no era tampoco el altura de do descendian, que no habia mas de doscientos estados, y cuando bajaban abajo á ver que se habia hecho de los caballos, hallábanlos pasciendo y algunos dellos las sillas hechas pedazos. Y bajadas las sierras, allegamos al rio, donde se descubrió un pueblo de indios que se dice Torvura; y los indios, como tovieron de nosotros sentimiento, se pasaron de la otra banda á donde el Capitan envió ciertos españoles nadadores, con una lengua, á que pasasen allá é los llamasen de paz. Los cuales fueron, é viendo que no querian Capitan; á lo cual hablado todo lo demás que hablaba á los caciques por donde habia pasado, y hechoses entender, los soltó libremente, é aquí le salió depaz el cacique; aquí en este pueblo se hallaron tan grandes panes de sal como una estatura de hombre é mucho maíz. É aquí estovimos cuatro dias, é el Capitan mandó levantar el real, é nos fuimos dos leguas, el rio abajo, á donde se halló otra poblacion, donde estovimos algunos dias. En los cuales el Capitan tuvo noticia de un pueblo que se dice Tahami, que está de la otra banda del rio, y envió allí ciertos españoles nadadores; y como los naturales tenian algun aviso, estaban alzados,

aunque todavía se prendieron algunos indios y se tomó mucha cantidad de ropa de algodón, muy pintada é galana, de que habia gran necesidad en el real para hacer de vestir. E aquí le salió de paz el cacique deste pueblo, del cual el señor Capitan, procuró de informarse de la tierra é de aquellos edificios antiguos que habia fallado en la provincia de Avurra; el cual le dijo, como adelante habia muy gran poblado, que eran las provincias de Nutave y Urezo, á donde estaba el señor que habia destruido aquellas antiguallas, é que era tierra muy rica é que habia muchas campanas, patenas é coronas é otras armaduras de indios, todas de oro, é muy ricas sepolturas de oro, donde los indios se enterraban; é que habia tantos indios como yerbas en el campo, y que si él queria ir allá, le daria guia que allá le llevase. Y como desto tuvo noticia el Capitan, para descubrir el camino con la guia quel cacique le dió, envió al Capitan Vallejo, con cuarenta hombres de pié é de á caballo; el cual fué dos jornadas por un rio arriba, hasta sobir á una cordillera de montaña y por encima della fueron cinco dias sin topar cosa poblada, donde se les murieron muchas indias é indios christianos, que los españoles llevaban para su servicio, que se les helaron de frio, que áun los españoles se vieron en muy gran riesgo de perderse segun el frio era tan grande. É prosiguiendo su viaje, á cabo de ocho dias que del real habia salido, dieron en un rio, que la hondura dél era tan grande que apenas se devisaba lo que habia abajo de peñascos, y era tan grande, el agua que llevaba por aquellas peñas é saltaderos, que ponía temor oirlo, que parecia que bramaba. É para pasar de la una banda á la otra habia hecha una puente, del arte que aquí dice: que á la orillã del rio, de la banda por donde los españo-

les iban, los indios habian cortado un árbol, que se llama zeyva, que la hoja dél quiere tirar á fresno de España, salvo que la dela zeyva es más ancho, y es el más grueso árbol que se halla en todas las Indias ni en toda España, que se ha hecho de un arbol navio que iban en él doce caballos y más de doce personas; y el árbol que los indios así tenian cortado en este rio, era más grueso que cuatro hombres por el cuerpo y de más de ochenta piés de largo, segun el Capitan y todos los demás que le vieron certificaban, y ántes decian ser más que menos; y habia caido sobre una peña que estaba á la mitad del rio, y hasta allí aquel árbol servia de puente; y de allí adelante habia unos bejucos tejidos, que son como mimbres de España, tejidas de tres palmos de anchos, con unas barandillas de lo mismo, en que llevan las manos asidas; é visto por los españoles el mal paso que hallaban, é que por allí no podian pasar caballos en ninguna manera, y áun ellos pasarian á muy grande riesgo, se hizo todo lo posible para buscar otro paso, y no se pudo hallar, por lo cual les fué forzado dejar allí los caballos. Y el capitan Vallejo, con hasta 20 españoles, pasó por aquella puente, y no hobieron andado dos leguas, cuando luego topan con otra vuelta que el rio hacia, que habian de pasar por fuerza, y para pasarle habia una puente toda de bejucos como la que arriba digo, salvo que por allí no era tan ancho como de primero. Y pasaron por ella, é salieron al pié de una montaña, en unas faldas de zavana, de donde se divisaron ciertas rozas é maizales, á hora que se ponía el sol. Y andovieron un poco adelante, é como les tomó la noche, vieron claramente candela en los bohios de los indios, é puesto que les tomó la noche é hacia muy oscuro, no dejaron de caminar con la guia que lleva-

ban, hasta que se cercaron á los bohios de los naturales. É allí acordaron de reposar hasta el cuarto del alba, por ser la tierra tan ágría y fragosa y resbaladera y hacer muy oscuro, que en ninguna manera se vian los unos á los otros, y no se podian tener ni andar, sino era á gatas asidos á las yerbas; y visto por ellos el peligro que allí donde estaban tenian, por estar siempre asidos á las yerbas por no despeñarse, el capitán Vallejo, que iba por caudillo acordó de hacer tres partes de los veinte hombres quél llevaba, para tres bohios que estaban juntos, para que cada uno entrase en el suyo, y viendo que se acercaba el alba, ántes que aclarase con un hora, fué cada parte al suyo, é los naturales como los sintieron, se pusieron en defensa é hirieron cuatro ó cinco españoles, puesto que en ellos se hicieran daño, é se tomaron algunos á vida, de los cuales mientras venia el dia se estovieron informando de lo que en aquella tierra habia. Y como fue de dia, en un alto que allí junto estaba, los españoles se subieron para ver lo que la tierra era, y traer razon della al Capitan, de donde vieron unos valles é laderas muy poblado de indios, y en todo ello parecia haber muy gran poblazon. Y oyeron por hácia aquellos valles muy grandes ruidos de bocinas é atambores é gritos de indios, que se apellidaban, unos á otros, porque segun parece, de los tres bohios de donde se habia dado aquella mañana, se habian soltado algunos indios á dar mandado. É vieron venir por una loma abajo, hácia donde los españoles estaban, un escuadron de mucha cantidad de indios, todos con sus arcos y flechas é muy envidados y untados de aquel betun que ellos tienen, y con sus penachos, dando muy grandes alaridos; é los españoles, viendo que se acercaban á ellos, se ajuntaron todos y ajunta-

rónse tan cerca de ellos, que las flechas les alcanzaban, y era tanta la lluvia dellas que sobre ellos caían, que les fué forzado soltar las piezas que tenían y mataron otros, é se retiraron hácia el rio que dejaban atras para pasar la puente de bejucos. Y dejaron hecha una celada de siete españoles metidos en el arcabuco; y fueron tantos los indios que sobrevinieron por otro camino á tomarles la puente con muchas hachas de piedra para cortárselas, que apenas habian pasado los trece españoles, cuando ellos llegaron. Y los españoles que se habian quedado en la celada estábanse todavía en ella, é viendo que los indios no venian al tiempo que habian de estar quedos, salieron della y vieronlos los indios y vinieronse trás ellos; y ellos no habian entrado bien en la puente, cuando los indios dan en ellos, y como la puente era de bejucos, y no podian pasar sino de uno en uno, y la multitud de los indios ser muchos y los españoles pocos, hicieron mucho daño en ellos. Y flecharon á un Pedro de Mucientes, de que murió, que lo habia hecho bien aquel dia, y así mismo á un Juan de Torres, que de valiente, le mataron los indios, y fué que desde la mitad de la puente, porque vió que quedaba entre ellos un español que se dice Pedro Bustamante volvió á los indios; y era solo, donde le flecharon por las piernas é muslos, é como traia las flechas atravesadas y la puente ser angosta, no pudo salir della; é los indios, viéndolo, dan con las manos á la puente y hácenle dar muy grandes vayvenes de una parte á otra, hasta que al Juan de Torres le echaron della abajo, y como el rio iba tan furioso y ser de peñascos, íbase haciendo pedazos, y los indios por codicia de tomarle, dejaron de seguir á los españoles que estaban de la parte de la puente. Los cuales, viendo el daño que allí ha-

bian rescibido, y que traian menos doce españoles y los otros dos estaban para morir, acordaron de retirarse con buen recaudo; y luego murió el uno de los dos que venian heridos, é se confesó con un español á palabra de sacerdote, y el otro murió dende á pocos dias. Y los demás españoles se vinieron para donde habian dejado los caballos, donde allí llegados, dieron muchas gracias á Nuestro Señor por la merced que les habia hecho en sacarles de tan gran peligro; porque cierto que si el capitan Vallejo no se diera la maña que se dió en hacer pasar los españoles, que pasaron la puente en tan breve, todos murieran allí, porque áun no habian acabado de pasarla, cuando los indios estaban al cabo della segun la multitud dellos era. Visto por el capitan Vallejo el daño que habia subcedido, envió dos mensajeros al real al señor Capitan, donde estaba, haciéndole saber lo que habia subcedido, que proveyese de comida é de negros para llevar los heridos, porque de todo tenian muy gran necesidad, porque sino fuera por dos caballos que se les despeñaron, de que tovieron que comer todos, perecieran de hambre. Y sabido por el Capitan, luego proveyó de todo lo necesario y envió sus negros con los demás que habia para traer los heridos; aunque en el real hubo muy gran sentimiento por los españoles que faltaban por ser muy buenos hombres de guerra, é isleños. Y el Capitan mandó hacer sus obsequias por los que habian muerto, e les hizo decir muchas misas; y estándolas diciendo, llegó aquél español que se habia quedado vivo con los indios cuando no pudo pasar la puente, y de que le vieron pensaron que era alguna cosa mala, porque los mensajeros que habian venido al Capitan, y todos los demás que hicieron aquella jornada le certificaron que no podia escapar,

porque le habian visto quedar en mitad del escuadron de los naturales. El cual yo le pregunté muchas veces como se habia escapado y dijo, que al tiempo que el español que los indios derribaron de la puente y le tomaron vivo en el rio, fué tanto el embebecimiento que tovieron, é los placeres é saltos é visajes que hacian con él, que no echaron ojo de verle á él; é escondióse debajo de una peña, junto donde estaban muchos de los naturales é andaban por allí, é que no era posible sino que le viesen, que no sabe como le dejaron de ver; sino que como él se habia encomendado devotamente á Nuestra Señora de Guadalupe, le socorrió en el peligro en que estaba; é así medio rodando echó por unos peñascos abajo, é fué á dar al rio, é se le cayó la espada y rodela, que aunque lo quiso tornar á tomar, nunca tuvo poder para ello, segun el temor é placer llevaba de haberse librado de los indios, é echó por el rio arriba, é subió una sierra muy áspera por donde plugo á Nuestro Señor que salvó la vuelta que el rio hacia, atinó el camino por donde los españoles iban de noche, el cual no los pudo alcanzar hasta de ahí á dos dias; y dice que era grande el temor que traia, que todos los árboles é yerbas que via se le antojaban indios, y pasó muy gran necesidad de hambre; y como llegó, á donde á los españoles se les despenaron los caballos, paresciéndole que estaba seguro, daba saltos como loco de placer y daba muchas gracias á Nuestro Señor por tan gran merced que le habia hecho, puesto que la mucha necesidad que tenia de comer le fatigaba; y por allí buscó si por olvido se habia quedado algo de comer, y halló una pata de caballo con lo de la rodilla abajo toda raída, medio cruda, y como se hobiera hallado gallinas y capones, la tomó y empezó á roer della, é con ella pasando

tiempo, se vino hasta que alcanzó á los christianos. Los cuales de que le vieron venir de aquel arte, desmelenado, perdida la color y con aquella pata de caballo royendo, no parescia sino cosa de fantasia, todos hobimos mucho placer é alegría con su vida, que á tiempo, allegó, que estaba hecha almoneda de sus bienes.

Llegado el capitan Vallejo dondel Capitan estaba, dióle larga relacion de lo que habia subcedido é de la grosedad de la tierra que habia, é de como aquella tierra era la que le habian dado noticia en la provincia de Avurra, é Nuestro Señor milagrosamente permitió no entrásemos en ella. Por lo cual, queriendo el Capitan entrar en aquellas provincias con toda la gente, hobo algunas murmuraciones entreella, diciendo: que si en aquella tierra entraban, qué todos habian de morir, segun la noticia de gente della se tenia, é que á ojos vistas los llevaba al matadero, é que mejor seria tornarse, que no entrar en ella. Y como el Capitan sintió esto, ajuntó todos los caballeros é personas honradas que con él venian, y les hizo su parlamento, diciéndoles; que mirasen como todos eran buenos y la pobreza en que estaban, y que más valia que quedase memoria dellos, que no cometer tan gran vileza como era retirarse; é que bien sabian ellos, como por darles de comer y ponerles en descanso, habia él salido del é dejado su casa é hacienda, é quiso venir á tomar trabajo y poner su vida á riesgo por buscárselo; é que si se tornaban, que él bien tenia de comer é á su casa é hacienda se tornaba, pero ellos quedaban perdidos é siempre serian mal traídos é desordenados; que se buscasse otro camino que no fuese tan áspero como por el que habia ido el capitan Vallejo, é que si se hallase, que por ninguna manera dejaria de entrar en aquellas provincias; é sino harian

lo que mejor les pareciese. É así fue acordado, porque á todos les pareció muy bien lo que el Capitan habia dicho, é todos le tovieron en mucho lo que hacia y le dieron las gracias por el cuidado que sobre sus personas habia tomado; aunque no dejó todavía de haber algunas contradicciones, porque algunos de los de á caballo decian que se les habia acabado el herraje, é no tenían con que herrar los caballos; el Capitan les dijo que por aquello no lo dejasen, qué proveeria en ello como toviesen todo recabdo. É así mandó al capitan Alvaro de Mendoza con veinte hombres de pié, fuese á la lijera á ver si se hallaba otro camino para entrar en aquellas provincias á orillas del rio, y así fuimos, donde nos detovimos 15 dias é nunca se halló poblado, ni señal de camino; é la tierra era tan fragosa, que en ninguna manera se podrian meter por ella caballos. En este camino á la orilla del rio, hallamos muchos bohios llenos de comidas, y los campos llenos de alvahaca de Castilla, salvo que tenia la de aquestas partes la hoja más ancha. Y desde un cerro alto que sobrepujaba á los que por allí habia, de la otra banda del rio, cuatro ó seis leguas la tierra, adentro descubrimos muy grandes rocas é sementeras de maices é muchos humos, con lo cual nos volvimos donde el Capitan estaba y le dimos razon de lo que habíamos visto; y el Capitan, teniendo todavía propósito de entrar en aquellas provincias, por todos los españoles, que con él iban, le fueron hechos muchos requerimientos para que no entrase en ellas, porque segun las poblaciones que se habian visto, eran menester para conquistarlas cuatrocientos hombres por lo menos, y todos nosotros no éramos sino setenta y tantos; y visto por el Capitan la voluntad de todos, y viendo que en aquello tenían alguna razon, for-

zó la suya por no ir contra la de todos, y no dar de cabeza, como han fecho otros Capitanes que se han perdido en aquellas partes. Y acordó de pasar el rio para ver aquellas poblaciones de que se le habia dado razon, para lo cual se buscaron muchas cañas é hicieron muchas balsas atadas con bejucos para pasar la ropa y caballos, y por la industria é buena maña quel Capitan se dió, dentro de ocho días se pasó todo, aunque con harto trabajo por causa de no haber mas de doce nadadores, y estos á puros brazos y fuerzas lo pasaron todo. É las personas que no sabian nadar, tomaban dos cañas tan gruesas como un muslo, é atábanlas por la una punta una con otra, y metíanse allí en medio tres ó cuatro españoles é las personas que habian de pasar, é tornaban á atarlos por las otras puntas: y ellos metidos allí en medio, un nadador delante y otro detrás, los pasaban; aunque ellos no se podian hundir con las cañas, todavia iban á harto riesgo. Y como se hobo pasado, el Capitan mandó mover el real, é no pudiendo ir por el rio abajo, á causa de venir á descabezar todas las sierras al rio, subió por una loma, é fué por ella por despoblado ciertos dias, é tornó á bajar otra loma que iba hácia el rio, en la cual se despeñaron dos caballos, los mejores del real, que hubo algunos dias carne fresca; e sobre una loma muy grande, que estaba junto á una cordillera de montaña descubrió una provincia, que se dice Curume; é como los naturales nos vieron é que íbamos hácia ellos, se pusieron en defensa y nos tomaron ciertos saltos, por donde habia de entrar. É visto por el Capitan los pasos ser muy malos é estar muy limpios, los cuales habian limpiado los naturales, por poderse aprovechar de las galgas, que son unas peñas grandes que ellos suelen ajuntar en los altos para desde allí

arrojarlos abajo, é antes que del todo caigan abajo, hácese muchos pedazos é aquí salta uno é acullá otro, é son muy peligrosos. É viendo el Capitan que por donde los naturales estaban no podian entrar, envió cierta gente de pié y de á caballo por una media ladera de monte, que sobiesen arriba é tomásen lo alto á los naturales. Los cuales se dieron tan buena maña, que sobieron sin ser sentidos; é cuando los naturales vieron los españoles y caballos arriba, se espantaron mucho de verlos, y desampararon los altos, é toda la gente tuvo lugar de entrar en aquella provincia sin peligro ninguno. Y el Capitan se aposentó en unos aposentos grandes, que eran del cacique, y todos los demás en otros apósentos que habia á la redonda; é luego el Capitan mandó se recogiese comida, porque su voluntad era de estar allí algunos dias y pacificar los naturales; y andándola recogiendo, los naturales mataron y prendieron muchas anacanas, que son indios christianos de servicio de los españoles. Y el Capitan viendo esto, é que no querian venir de paz los naturales, aunque los habia enviado á llamar muchas veces, mandó poner recaudo en el real, é que no saliese nadie dél sin su licencia. É cada mañana parecian sobre el real por las lomas muchos indios en escuadrones, dando grita é haciendo sus visajes; y el Capitan los llamaba con las lenguas que llevaba para que viniesen de paz; é respondian que nos habian de comer á todos, que aquella era su tierra, que nos fuésemos della, que no querian paz. Y el Capitan, viendo cuan desvergonzados estaban y que no querian venir, envió á entrar por dos partes, por la una al Capitan Vallejo, é por la otra á Juan de Frades, ambos con gente á pié, porque no se sufria llevar caballos, por ser la tierra muy áspera é ir de noche é haber

poco herraje. Los cuales partieron del real al cuarto de la modorra, y amanescieron sobre cierta gente de la natural, que estaba rancheada en los arcabucos, y se prendió mucha gente, y algunos principales entre ella. É traídos ante el Capitan, después de les haber hablado lo que S. M. manda que se les diga para atraerlos á su dominio ó al conoscimiento de nuestra santa fee cathólica, se informó dellos de la tierra que habia delante; é le dijeron de muchas provincias, con algunas de las cuales ellos tenian guerra, é se comian los unos á los otros, diciéndole que fuese allá. Y el Capitan les decia con las lenguas, que él no venia á matarlos ni á tomarles ninguna cosa de lo suyo, sino ser su amigo; porque venia en nombre de S. M., cuyo vasallo él y todos eran, para hacérselo entender, y cómo tenian Dios, que era el que criaba el cielo y las estrellas, el mar y las arenas, y el que les daba todo lo que habian menester. Y que si ellos querian ser sus amigos, él les ayudaria contra los que les hacen guerra; é sino, que tambien se la haria á ellos é los mataria á todos. É hécholes bien entender esto y otras muchas cosas que les dijo, les soltó á todos libremente para que lo fuesen á decir á los caciques é demás señores, para que viniesen de paz; é así se fueron, é estovieron ciertos dias que no volvieron. Y viendo su rebeldia, tornó otra vez á enviar al dicho Capitan Vallejo é Alonso de Villacreces, con cierta gente de pié, é dieron sobre un pueblo de los naturales, al cuarto del alba, donde se tomó mucha gente, entre la cual venia alguna de la que le habian traído la primera vez. É preguntándoles que porqué no habian venido de paz, dijeron que porquel cacique era gran señor, é no queria ser amigo de los christianos ni ellos tampoco; é el Capitan hizo algun castigo en algu-

nos, moderadamente, y los soltó para que fuesen á decir á los señores lo que pasaba; y vinieron algunos indios, de paz, con alguna comida. É allí el Capitan, queriendo ir adelante para ver lo que habia, viendo que no habia herraje para los caballos, por lo cual no podia ir á ninguna parte, y era muy gran falta para la conquista de aquella tierra, y la vida de los españoles, despues de Dios, estaba en el servicio de los caballos; dió orden é industria cómo se hiciese una fragua, la cual no habiendo el aparejo que para en Castilla fuera necesario, se hizo en esta manera: que hizo ajuntar muchos borceguies é coserlos unos con otros, é se plegaron é se pusieron sus arquillos; é de unos tablones, en que los indios se asentaban, se hicieron paradas, y de unos árboles blandos, hizo cortar dos maderos, é hiciéronse cuatropartes, partidos por medio; é cada uno socávábanle por de dentro y ajuntaban uno con otro; de que se hicieron los cañones. Y porque no habia con que los calafatear, con cordes, por encima encéfados, apretaban uno con otro; é de una olla de cõbre se hicieron los cañones que entraban en el fuego, y de una pala de yerro se hizo la tovera. Y para esto no habia maeso (1), ni quien lo supiese hacer; y todos pensábamos que era por demás el trabajo del Capitan, é cuando no nos catamos salió hecha, é sóplaba muy bien. E ya que estaba hecha, no habia quien hiciese clavos; y por la orden que el Capitan dió, por los haber visto hacer, los hizo un español que allí se halló, que era puñalero, que se decia Bartolomé Hernandez; de que vino tan gran provecho á toda la gente, que no se puede decir. E los clavos y herraduras se hicieron de cadenas é estribos de hierro; que muchos de los españoles traian. Y como esto fué hecho,

(1) Por, maestro.

el Capitan, con cuarenta hombres dé á pié y de á caballo, salió desta provincia de Currume, é dejó al capitan Alvaro de Mendoza con la demás gente en ella, y él fué á ver lo que adelante habia. Y á cabo de dos dias, que de aquella provincia salimos, descubrimos una provincia que se dice Hevejico en nombre de indios, á donde los naturales, como tenian noticia de nuestra venida, estaban alzados y amontados de sus casas; é andaban en escuadrones por las lomas, bailando, tocando atambores é dando muy grandes alaridos. É llegando al paso de una sierra que habiamos de sobir que lo alto tenian los naturales, el Capitan desde el pié della los llamó de paz con las lenguas que llevaba; é bajó á nosotros un indio temblando, é se llegó al Capitan, é se espantaba de vernos. E allí le dijo que no tuviesen miedo ninguno, porque él no venia hacer ningun mal; é el indio le respondió; que subiese arriba é fuese adelante. Y el Capitan, por ser ya de noche, acordó de quedarse allí; y otro dia de mañana se tornó aquel alto, é allá encima le vinieron algunos indios, de paz, con comida, é le señalaban con la mano para que fuese adelante, porque allá estaba el cacique y nos tenian aparejada mucha comida; lo cual era traición, que la comida era la muerte que nos tenian aparejada, si el Capitan en ello no proveyera. Y fué que, como el indio nos dijo que nos tenian de comer, mandó el Capitan que todos se armasen y fuesen en órden; y el indio nos metió en un valle muy poblado, donde en una loma habia hasta seis mil indios juntos, de guerra, hechos un escuadron, sin otros muchos que andaban por otras lomas. Y como nos tovieron en el valle, era tanta la grita y apellido que tenian, y atambores que tocaban, que no habia quien no temiese; y el Capitan con toda la gente se llegó

cerca dellos, en un llano que estaba en media ladera de la tierra donde ellos estaban, y desde allí con las lenguas los llamó para que viniesen de paz. Los cuales, á manera de burla, no querian responder; é dos indios, que debian de ser de los más valientes que allí estaban, no hacian sino salian de donde los indios estaban y veníanse corriendo hacia nosotros, y des que llegaban al medio camino, hacíannos muchos visages, como que nos tenían en poco, y tornábanse á volver; y esto hicieron muchas veces. Y el Capitan, viendo esto y la poca vergüenza que tenían, mandó á Pedro de Barrios, de á caballo, que tomase un perro de trayla é espantase á aquellos indios; el cual fué á ellos corriendo con su caballo, que tengo que una cabra hiciera mucho en andar por donde él iba, y llevaba un petral de cascabeles. Y de que los indios oyeron é vieron el caballo y el hombre encima, cosa nunca vista en aquéllas partes, huyeron, como si el diablo lleváran en el cuerpo; y los demás indios daban muy grandes apellidos. Y como en la mitad del camino estaba una peña de altura de dos estados de hombre, no pudo pasar adelante; y sentido por los indios, eran muchas las momerias que hacian, y hasta encima de aquella peña venian tres ó cuatro indios haciendo muchos ademanes, á manera de muy valientes. Y el de á caballo, viendo los gestos que le hacian los indios, soltó el perro que llevaba y echóselo; y saltan la peña y van en pos de los indios, y tomaron un indio é hízole pedazos. Y como se detuvieron en este, no pudieron tomar, y los otros tuvieron lugar de huir, é como los que estaban arriba vieron lo que habia pasado, amansáronse algo, y de allí adelante, de solamente oír ladrar el perro, se espantaban. Y visto por el Capitan la poca mella que les hacia las cosas que les decía, y

que trataban traicion con él porque le decian que pasase á una chapa que estaba enfrente, que parecia ser muy poblada; lo qual Nuestro Señor le puso en corazon que no lo hiciese, porque si pasára, ninguno de cuantos con él ibamos escapára porque los indios tenian hechas muy grandes celadas en ciertas quebradas por donde habiamos de pasar, y en los altos tenian aparejadas muchas galgas, segun despues ellos mismos dijeron. Y el Capitan acordó de quedarse allí, é se aposentó en un llano que allí se hace á par de una laguna de agua que allí se hacia; y hecho el aposento, el Capitan con siete ú ocho de á caballo subió á la loma donde estaban los indios, y con la lengua los comenzó á llamar de paz. É se llegaron á él hasta treinta ó cuarenta indios, y se espantaban mucho de vernos los caballos y con barbas, y echaban la mano á ellas para tentarlas, y tenian mucho miedo á los caballos. Y el Capitan les dijo, que no toviesen miedo ninguno, que viniesen de paz, porque él queria ser su amigo; é les dejó y se bajó á su aposento, donde estuvo aquella noche. É otro dia de mañana, parecieron muchos indios en escuadrones por las lomas; é aunque los llamaban con las lenguas para que viniesen de paz, no querian; y el Capitan, envió á Pedro de Matamoros, con cierta gente, á ver si podian tomar algunos indios, el qual dió en cierta gente que estaba rancheada en un monte, é se prendió algunos della é se trujo ante el Capitan. A la qual hizo la plática susodicha; y decian que los señores de la tierra les habian mandado que no viniesen de paz, que ellos bien la querian; y el Capitan soltó algunos dellos, y otros dió á personas que tenian necesidad, para que se sirviesen dellos. Y luego otro dia mandó que en aquella loma, donde habia estado junto aquel escuadron de indios, se pusie-

se una cruz, la que se puso. - Y otro dia el Capitan pasó aquella loma, é dió en otro valle, donde habia muy gran poblazon; é todos los indios andaban alzados por las lomas, y no tenian ninguna cosa en casa, porque para alzarlo habian tenido tiempo, sino era comida, que esta habia para más de medio año, de maíz é frísoles. En este valle se aposentó el Capitan en unos bohios, que estaban en mitad de una loma, porque su intento era pasar la cordillera de montaña, que por encima iba, para ir á ciertas provincias de que tenia noticia. É como los indios nos tovieron en aquel valle, pensaron que todo lo tenian acabado, é que nos habian de comer á todos, porque sabian que no se habia de pasar aquella montaña con los caballos, como era la verdad, porque el Capitan envió españoles á verlo, é hallaron un arcabuco de raices muy peligrosas, que ansí como ponian el pié, pensando que lo ponian en tierra firme, se hundian hasta la mitad del cuerpo, porque todo estaba hueco, por las raices crecer para arriba y estar entretejidas parecian ser tierra firme. Y el Capitan, viendo que por allí no se podia pasar, acordó de volverse, aunque primero estuvo allí dos dias, en los cuales, por la banda de una quebrada, donde estaba el Capitan, vinieron indios á hablar con él; le preguntaron que qué era lo que queria y buscaba en aquella tierra, que nos fuésemos della. El cual les dijo: que él venia en nombre de su majestad, cuya era aquella tierra, é á vivir en ella para siempre, porque habia de poblar una cibdad. Y le respondieron; ¿qué si habiamos nosotros hecho aquellos bohios é plantado los árboles, para que fuese del Rey, que les decia, aquella tierra? Qué supiese, que sino nos queriamos ir della, que nos habian de comer á todos. Y ellos, viendo que nos tornábamos á

volver por el mismo camino que habíamos allí venido, empezaron á dar muy grandes alaridos y á bailar é hacer muchos fieros; y el Capitan les llamaba con las lenguas, diciéndoles que supiesen, que si no venian de paz, les habia de hacer la guerra; é que tornasen á poner la cruz, que, en el tiempo que en aquella loma estovimos aposentados, ellos habian quitado, sino que á todos los mataria. Y otro dia, de mañana, como amaneció, pareció la cruz puesta, de que no poco nos maravillamos; y tomado aquel alto, donde estaba puesta, por algunos españoles, sin peligro ninguno, le pasamos; y el Capitan se volvió á la provincia de Currume, donde habia quedado el real. Y como aquí fué llegado, luego mandó apercibir cincuenta hombres de á pié y de á caballo, porque queria pasar aquella cordillera de montaña que estaba sobre el real, é ver lo que habia. É apercibidos é puestos en órden, se partió con ellos, é dejó con la demás gente al capitan Alvaro de Mendoza, el cual hacia poner cada noche sus velas y rondas de á caballo, de dos en dos. Y en tiempo que el Capitan estuvo ausente, que fueron veinte dias, como los indios sintieron la poca gente que allí habia quedado, venian cada dia á desvergonzársenos, allegándose junto á nosotros; y una noche en el cuarto de la modorra, haciendo la ronda, vinieron ciertos indios, por la parte donde aquella provincia habíamos entrado, con lumbre, á poner fuego en el real; é si á la sazón hácia aquella parte no se hallaran dos de la ronda, se hiciera muy gran daño, por respeto de no haber más de veinte é siete españoles en el real, y algunos enfermos. Y como dimos al arma, el Capitan mandó que todos se pusiesen á recaudo para el cuarto del alba, por si alguna (cosa) quisiesen los indios hacer; y se empezó á escaramuzar con los caba-

llos con sus pretales de cascabeles por el real; y de que los indios vieron ser sentidos, se fueron. Y téngase por cierto, que una de las cosas que mucho sienten de noche, es el caballo, que estando con él parado, en meneándose una hoja de árbol ó que se haga el menor ruido del mundo, luego aguzan las orejas, y esto muchas veces se ha probado; y el mejor remedio es, cuando así hace muy oscuro que no se puede devisar quien viene, tener ojo en las orejas del caballo, que luego se ve lo que hay.

En el tiempo que el Capitan se ocupó en descubrir las provincias de Hevejico, á los españoles, que en la provincia de Currúne (estaban) con el capitan Alvaro de Mendoza, les faltó la comida, por donde tovieron necesidad de salir por ella. Y el Capitan, que allí habia quedado mandó á cierta gente de á pié y de á caballo fuesen sobre el rio grande á buscar si habia alguna comida; los cuales fueron, é encima de una loma les salieron al recuento un escuadron de indios, con el cual tovieron guazavara muy reñida é hirieron los más de los españoles, puesto que los naturales recibieron mucho daño con dos ó tres ballestas que allí se hallarón. De á donde cobraron tanto miedo, que de allí adelante, en las guazavaras que se hobó, como ansí como encarraban aunque fuese una espada, pensando que era ballesta, se abajaban, no paraba indio con indio; é como soltaba, iban á buscar la saeta, como perros de presa. para ver lo que era lo que tiraban; y espantábanse de verlo todavía. Los españoles rompieron los indios é los hicieron huir, por donde tovieron lugar de tomar comida, y se volvieron al real con ella; aunque en esta salida se les despeñó un español, que se hizo mill pedazos, y fué tan grande la hondura donde cayó, que no se pudo sacar de allí, mas de

que le vieron muerto; porque la tierra es tan áspera é fragosa, ques menester andar con muy gran tiento por ella, por ser la tierra sierras pedradas y muy resbaladeras.

Como el Capitan partió de la provincia de Carrume, él pasó la cordillera de montaña que por encima del real estaba, y descubrió una provincia buena, que se dice Peuco, á donde los naturales, como habian sido avisados de los de la provincia de Carrume del camino que llevaba y del castigo que en ellos se habia fecho, no paró indio con indio. Y desde esta provincia, el Capitan descubrió las de Parruto y Guarami, é otras á estas comarcas, á donde no se hobo ningun recuento, por los indios no querer aguardar. É de aquí el Capitan tornó á pasar la cordillera de montaña, por camino nunca hecho; y entraron en el arcabuco de raices que arriba tengo dicho, donde se vieron en muy gran riesgo de perder todos los caballos, porque como las raices estaban entretajidas en el aire, sumíanse todos los caballos, y hobieron de hacer camino á mano cerca de ocho leguas, en que se detovieron algunos dias y se sacaron los caballos con muy gran detrimento, aunque se despeñó uno é se hizo pedazos, que fué muy gran falta para en la coyuntura que iban, porque en semejantes tiempos, en tanto se tiene la vida de un caballo, como la de seis españoles. É así salieron al segundo valle de la provincia de Hevejico, donde el Capitan estuvo aposentado, cuando envió á ver el arcabuco que arriba tengo dicho, para pasarle; é aquí los naturales, como vieron los españoles, se empezaron á juntar ciertos escuadrones de indios, é vinieron juntándose á los nuestros, tocando bocinas é haciendo muy grandes amenazas, que los habian de comer á todos, é hicieron noche cerca dellos. Y aquella noche el

Capitan envió al Capitan Vallejo é Antonio Pimentel, con cierta gente de á pié, á que diesen sobrellos, los cuales de sobre salto, al cuarto del alba, dieron sobre ellos é hicieron muy gran daño en ellos, aunque por ellos fueron heridos algunos españoles; é como los nuestros vieron que amanescia, se retiraron é se tornaron al real. Y luego otro dia de mañana ántes del dia, el Capitan se partió de aquí, é mandó á ciertos españoles, que tomasen el alto de ciertos pasos por donde habia de pasar; é se tomaron, y pasó adelante é se aposentó en un llano, que estaba cercado de una sierra, frente de la loma de la cruz, por respeto, que la loma, donde la cruz estaba, estaba tomada de más de veinte mil indios, juntos en escuadrones, á punto de guerra, por todos los pasos que los nuestros habian de pasar, con muchas galgas é otros aparejos para defendérselo. Y tovieron cercado allí al Capitan tres dias, y no habia más de un paso por donde los caballos pudiesen subir, el cual, la primera vez que por allí pasó, se habia hecho á mano con los azadones; y este era tan dificultoso, que no se podrá decir; é tenian los naturales encima muchas piedras, como unas botas grandes, para que al tiempo que pasasen los caballos, arrojarlas, é no pasára caballo, hombre, ni perro, que no se le lleváran. Y el Capitan, como hombre despirencia, se estuvo quedo allí, hasta ver que era la intención de los indios; y á cabo de dos dias que habia que le tenian cercado, empezaron de nuevo á venir muchos escuadrones de indios por un cabo y por otro; á los cuales salieron los nuestros, é tovieron su recuento que duró buen rato, é los hicieron retirar por una sierra arriba, y se prendieron ciertos gandules, de los cuales se hizo justicia. É como los indios hobieron probado nuestras fuerzas y lo poco en

que eran tenidos, salió un principal dellos, é á grandes voces dijo á los nuestros: ¿que qué hacian allí; que porque no se iban? Al cual el Capitan respondió que no se habia de ir tan presto de allí, é les habia de comer todo lo que tenían, pues que no querian sino guerra. Y como el Capitan vió que todavia los indios estaban en su mal propósito, y que de cada dia se juntaban más, y que seria causa para subceder algun riesgo, una noche mandó apercebir toda la gente; y apercebida, él mismo, puesto en la delantera á pié, cuatro horas ántes del día, con ciertos españoles, fué por un paso donde estaban unos escuadrones de indios, y por otro mandó hacer cierto camino, por donde fueron algunos de á caballo, para que, si se hobiese recuento con los naturales, se hallasen en lo alto algunos caballos. É con esta órden el Capitan, sin ser sentidos, subió en lo alto ántes que amaneciese; y como por los indios fué sentido, desmampararon los altos, pensando que todos los españoles estaban con él; y no eran sino doce, lo cual muchas é infinitas veces se ha visto en estas partes, muy gran cantidad de indios huir de muy pocos españoles. Lo cual Nuestro Señor es servido, porque si les diese lugar á defensa alguna, toda España no seria bastante á su conquista. Y como fue tomado aquel alto y echados los indios dél, se dieron muchas gracias á Nuestro Señor por la merced que les habia hecho; é así subió toda la gente. Y este dia el Capitan se fué aposentar á la entrada del valle de la provincia de Hevejico, é de allí envió mensajeros, á la provincia de Currume, á Alvaro de Mendoza, para que con todo el real se viniese allí donde él estaba, para que allí se acordase lo que se debiese hacer. É llegaron los mensajeros á la provincia de Currume, á un tiempo, que todos estábamos muy

tristes, porque el Capitan habia muchos dias que era salido y no teníamos nuevas ningunas dél; é luego nos partimos para la provincia de Hevejico; é en el camino hicimos tres jornadas, y en la una, al subir, de un rebenton de una loma, se despeñó el mejor caballo que en el real habia. Y llegados á la dicha provincia, el Capitan hizo juntar todos los caballeros é personas honradas que con él venian, é les hizo un razonamiento, como le parecía que era bien poblar allí una cibdad, pues estaba en parte conviniente é era sin perjuicio de los naturales; é en la tierra no habia mejor asiento que aquel donde estaban. Porque visto por los indios quel ponía por la obra lo que les habia dicho y edificaba casas y sementeras, se les quebrárian las alas, é más ayna vendrian al verdadero conoscimiento; como se hizo, é á todos les pareció muy bien. É luego el Capitan envió al alférez Gerónimo Tejelo, con cierta gente de á pié y de á caballo, á que por aquella provincia fuese á recoger todo el bastimento, que se pudiera, para el sustentamiento de los españoles, ántes que los naturales lo escondiesen; el cual fué á un valle, que estaba junto dónde se habia de poblar la cibdad, y estándolo recogiendo, vinieron mucha cantidad de indios en escuadrones de la provincia de Ituangó, en favor de los de aquella de Hevejico; porque les habian dicho muchas palabras injuriosas, diciendo, que como no nos habian muerto á todos y echádonos de la tierra, que no eran para nada; é que pues ellos no habian sido para ello, que ellos venian á hacerlo. Y al tiempo que ellos llegaron á la cumbre de una loma, que estaba junto donde los españoles recojían la comida, acertó á llegar allí Alvaro de Mendoza con alguna gente de caballo, porque el Capitan le habia enviado á ver lo que se hacia. El cual

viendo la mucha cantidad de indios que venia, se armó con sus armas, é Gerónimo Tejelo é Martin de Vocanegra, todos tres en sus caballos, subieron á los indios, que serian más de seis mil indios; é como el llano de la loma era poco, no podian en ninguna manera los caballos romper por ellos, que á manos los detenian; pero con la furia del caballo y del miedo que tenian, por nunca lo haber visto, y las lanzas que les picaron en alguna manera, los desbarátaron, é se dejaban despeñar muchos dellos por aquella loma abajo. Y ello fué de tal manera, que los indios se fueron, bien corridos por no haber podido cumplir la palabra que habian dado á los de Hevejico; y nunca nos osaron volver. El capitán Mendoza lo hizo bien aquí este día que lanceó más de veinte indios, é así mismo los otros dos.

En muy pocos dias se recojió muy gran cantidad de comida; é visto por el Capitan que abastaba é habia para en tanto que se cojian las rozas que los españoles hacian, mandó que ninguna persona cogiese más bastimentos, porque quedase tambien para los naturales, hasta que cogiesen sus rozas. Y luego el Capitan, á 25 de noviembre de 1541 años, en nombre de S. M. y del Gobernador Velalcázar, fundó una cibdad, que la intituló Antiochia; é nombró por alcaldes ordinarios al capitan Mendoza é á Diego de Mendoza, é por regidores al capitan Vallejo é á Juan de Yuste é á Francisco de Avendaño é á Francisco Perez Zambrana, é otras personas honradas; los cuales todos hicieron la solenidad que se requiere. É fundada la dicha cibdad, é repartidos los solares, tierras y estancias á los vecinos pobladores, visto por el Capitan, como todavia los naturales andaban en escuadrones de guerra por las lomas, é no querian venir de

paz, aunque habia cerca de dos meses que no se hacia otra cosa, sino enviarlos á llamar con indios, y no consintia que nadie saliese á ellos; y que tomaban atrevimiento de venir á desvergonzarse fasta la cibdad; porque de aquí nó subdiese algun daño, mandó apercebir cuarenta hombres de á pié, é con ellos envió al capitan Vallejo á que diese sobre ciertos indios, que estaban juntos en un pueblo, que se dice de las Guamas, que le pusimos este nombre, porque tenia mucha multitud de árboles desta fruta que se dice *guamas*, el qual pueblo estaba de la otra banda de la loma de la Cruz. El qual se partió en anocheciendo, é era tanta la escuridad é agua que aquella noche les hizo, é como era en fin de noviembre, hízoles tan gran frio de media noche arriba, que no se podian valer los unos á los otros, que ayna se quedaran helados; y por remedio tomaron de no pararse, sino siempre caminar. É ya que estaban cerca del pueblo, á la sobida de una loma, fueron sentidos de dos indios que estaban puestos por espías, los cuales se fueron para el pueblo, dando muy grandes voces; é como los españoles vieron que eran sentidos, dierónse muy grande priesa á andar, y casi llegaron á un tiempo con los espías. Y como la noche era tan oscura, que seria dos horas ántes del alba, los naturales, para haberse defender, salian de los bohios con unos hachos de paja ardiendo, que fue muy grande ayuda para que los nuestros pudiesen dar en ellos. É no pudieron llegar tan ayna, que ellos no hobiesen alzado mucho de lo que en los bohios tenian; é los indios enviaban las mujeres, muchachos é mochachas cargados adelante, é quedábanse ellos, como en retaguarda, con sus hachos de paja, é armas en las manos, encendida. É los españoles, viendo como remetieron como unos leo-

nes y los indios á ellos, que fué una cosa espantosa de ver la guazavara que allí se tuvo, porque los indios eran muchos; pero todavía, con el ayuda de Nuestro Señor, los desbarataron con muy gran mortandad de gente de su parte; é se mató aquí un señor que se decia Zuzaburruco. É ya era de dia claro, cuando los indios dejaron el campo é los españoles tovieron lugar de entrar en los bohios, é se tomó mucha cantidad de oro y ropa de algodón, é se prendió mucha gente. Y estando los nuestros tomando un poco de huelgo del trabajo pasado, porque habian seguido en alcance á los indios por una sierra arriba buen rato, vieron que muy gran multitud de indios tornaba sobre ellos; é visto por el capitan Vallejo, que era el caudillo que llevaban, como se viese sin caballos, é ya ser de dia, y tener un mal paso que abajar, podria recrescer algun daño si á los naturales aguardaban, se acordó de retirarse á lo bajo; é así lo hizo. É aún no eran bien abajados, cuando los naturales eran en lo alto, y empiezan dende allí arrojar mucho número de galgas y tirar con ondas, que descablabraron algunos españoles. Los cuales tenian de pasar por fuerza un rio que junto al alto estaba, el cual á la ida cuando le pasaron, no le pudieron pasar sino con madera medio á nado, y á la vuelta, como eran tantas las piedras que sobre ellos caian, le pasaron como si no hobiera rio, sin aguardar el uno al otro, segun la lluvia de piedras sobre ellos caian. Y todavia lo pasáran mal, sino fuera porquel Capitan, con ciertos de á caballo, habia amanecido destotra banda del rio, para hacerles espaldas a los españoles cuando volviesen. É como llegaron ante el Capitan los indios que llevaban presos, él les habló, diciéndoles que, porque no habian querido venir de paz; habiéndoles envia-

do a llamar tantas veces, pues sabian quél no les hacia mal ninguno, ántes les daba muchas cosas que ellos tenían en mucho; que porqué querian más ser muertos y andar por el arcabuco, fuera de sus casas al frio y al agua; que se vinieren á ellos é se estoviesen quedos; é que si algun daño se les habia hecho, era porque eran bellacos é no querian venir á dar la obediencia á S. M., como él tantas veces se lo habia enviado á decir. Respondiéronles, que ellos paz querian, pero que tenian noticia que otros hombres como nosotros habian pasado por unas provincias de Nori é Vuritica é Guaca, que están de aquellas provincias á treinta y cuatro leguas, que habian muerto todos los indios é señores dellas, habiéndoles salido de paz; é que ellos tenian temor no se les hiciese lo mismo. Lo cual decian, por dos armadas que salieron de la provincia de Cartajena, que la una era del licenciado Vellido, é la otra de Juan Grecimo, que por allí habian pasado; que como no llevaban intención de poblar la tierra y permanecer en ella, robaron é destruyeron todo lo por donde pasaron, como aquello que poco les habia costado. Y esto ha causado tanto daño en estas provincias de Hevejico é sus comarcas, que ha sido causa que los naturales hayan estado tan rebeldes; y S. M. habia de mandar que todas las tierras que se descubriesen, habiendo aparejo, se poblasen, so muy grandes penas; porque muchos capitanes hay, como no llevan esta intencion, roban é destruyen las tierras por donde pasan; é estas partes son de tal calidad, que luego entre los naturales vuela muy gran cantidad de tierra el daño que en ellas se hace, como el bien. Lo cual el capitan Jorge Robledo no ha hecho, sino que ántes ha hallado muchas tierras destruidas de guerras, que entre los naturales han tenido unos

con otros, é las ha tornado á rehacer y pacificado; y ha sido uno de los que buena órden han traído en el conquistar, descubrir é poblar estas partes, porque con la buena maña que se ha dado, ha poblado dentro de dos años tres cibdades, y pacificado las provincias dellas, y descubierto otras muchas é muy ricas, donde se pueden poblar otras. Todo á su costa é misión, sin ayuda de S. M., ni de otra persona alguna, donde ha gastado mas de cient mill pesos de oro. Y es tan querido de todos los españoles que en su compañía han andado, como Capitan ha sido en Italia é en estas partes, por ver el buen tratamiento que siempre les hace, é la retitud é sosiego en que les tiene, é ver que la tierra que se descubre, la da á los que la ganan é andan en servicio de S. M.; é que no hace lo que algunos capitanes destas partes suelen hacer, que como descubren algunas tierras, tienénselas en sí, por llevar el usufructo dellas, é que cuando las han bien escudriñado, dánlas á los pobres conquistadores; y aún no tan mal si se las dá á ellos, porque en estas partes suele acaecer, andar uno sirviendo á S. M. diez é doce años, é no tener un indio; é venir un chapeton de Castilla, é darle muy buen repartimiento; porque saben que está muy lejos S. M. é él su Consejo, para se venir á quejar.

Como el Capitan vió la respuesta que los naturales tenian, é la causa porque no venian de paz, los hizo entender, como no habian de recibir ningun mal tratamiento, é los soltó libremente é á sus mujeres con ellos; por donde perdieron parte del miedo que tenian, y comenzaron á venir de paz algunos indios á ver al Capitan é á los christianos, para vernos del arte que andábamos. Y aunque no era de buena paz, el Capitan los dejaba ir y venir libremente, é no

consentia que se les hiciese daño ninguno. Y el Capitan viendo esto, mandó se hiciese procesion dando gracias á Nuestro Señor por la vitoria que siempre habia dado, la cual se hizo dia de Nuestra Señora de la O., con toda la solemnidad que se pudo, y se dijo la misa en la loma donde se puso la cruz el dia que en aquella provincia lá primera vez entramos; é viendo el milagro que Nuestro Señor habia hecho con ella, que habiendo estado cercada de todos los indios de la tierra, no la haber movido ni podido quitar; y se tenia á gran misterio, áun ques de condicion de los indios, que todo cuanto hallan fecho de españoles, todo lo queman y destruyen, y las casas que ellos tienen hechas, si entran en ellas españoles y estén en ellas una ó dos noches, luego como se van, las queman los naturales y dán por bien empleado el trabajo que pasan en hacerlas, por tomar aquella venganza, que les parece á ellos que la toman muy grande de nosotros, en quemar ellos donde nosotros hemos estado ó lo que hacemos. Y ansi se puso para de aquella cruz primera, otra muy bien labrada, é aquel dia hobo allí muy gran regocijo, é el Capitan hizo allí banquetes de todo lo que se pudo haber, que no faltaron cosas buenas, aunque era la tierra nueva.

Hecho esto, visto por el Capitan que la provincia de Pequi, que confinaba con aquella de Hevejico, nó queria venir de paz, aunque la habia enviado llamar muchas veces, envió á ella á Antonio Pimentel, con treinta é tantos españoles de á pié; el cual partió de la cibdad á prima noche, y ántes que viniese el dia, llegó á la dicha provincia, aunque con harto temor, por ser la gente della en cantidad y la entrada muy áspera. Pero plugo á Nuestro Señor que la entraron sin ser sentidos, é dieron en unos indios, que es-

taban en sus bohios; é como dellos fueron sentidos, comenzaron apellidar la tierra, é de presto se juntaron mucha cantidad de indios, é hecho sus escuadrones, vinieron contra los españoles y tovieron su guazavara con ellos, en que hicieron alguna mortandad en ellos, aunque hirieron algunos españoles. Y los naturales cobraron tanto miedo á un perro, que se llama Turco, que los nuestros llevaban, que por su respeto, se retiraron, porque vieron que en un momento despedazó seis ó siete indios. El cual perro y otros han hecho tanto provecho en estas provincias, por ser la tierra tan áspera é fragosa é no poder andar por ella caballos, que han sido causa, despues de Dios Nuestro Señor quererlo encaminar, venir algunos de paz. Y es tanto el miedo que los naturales han cobrado á los perros, que cuando algunos venian de paz á la cibdad, desde grán trecho ántes que á ella llegasen, daban voces llamando á la lengua, para que hiciese atar los perros. Y tienen un conocimiento estos perros, que es de tener por misterio, que si ven ir un indio solo por ahí, sienten si es de paz ó de guerra; é si es de paz, no le hacen mal, é si es de guerra, no hay quien los tenga, que no parece sino que claramente los conocian. Como los naturales de la provincia de Pequi vieron el daño que los españoles les hacian, se retiraron por llamar más gente; y como los nuestros lo sintieron, no curaron de ir en alcance, sino ántes se retiraron, porque venian muy gran cantidad de indios juntos contra ellos, que habian acudido á los apellidos que los del primer escuadron habian hecho. Y viniéndose retirando los españoles, echaron menos un español, por lo cual les fué forzado buscar; y andándole buscando por un arroyo arriba, le hallaron caido, la cabeza hecha tres ó cuatro partes, que habia resbalado

de una sierra alta y habia caído allí; y como mejor pudieron, le tomaron en una hamaca en hombros, é se vinieron á donde ciertos de á caballo estaban, haciéndoles espalda; y de allí no con poco reposo, porque venian en su alcance muchos escuadrones de indios. É como los indios de la provincia de Hevejico supieron el daño que los españoles habian fecho en los de Pequí, se holgaron mucho, por ser sus enemigos; é venian ya de mejor paz; plega á Nuestro Señor permanezcan en ella.

Ya habia cerca de un año que el Capitan era salido de las cibdades de Cartago y Santa Ana, é no se tenian nuevas ningunas del Gobernador; y el no tenia más que hacer allí, porque la tierra estaba de paz; acordó de irse á la cibdad de Santa Ana y Cartago, donde habia dejado su casa é hacienda, y para verse con el Gobernador. Y dando parte de ello al concejo de aquella cibdad, é que le diesen treinta hombres de pié é de á caballo para su viaje, en lo cual le pusieron algun embarazo, porque en aquella cibdad no habia sino setenta y nueve españoles, é la tierra ser gruesa de indios, é si della se sacaban los treinta, los que quedasen no se podria sustentar é quedaban en mucho riesgo de perderse; le hicieron un requerimiento que, pues él queria ir á la cibdad de Cartago, que su viaje no fuese por donde habian allí venido; sino que fuese por la via de Cartajena, é tomase el camino del licenciado Vadillo, que andando visitando la tierra, se habia descubierto por los que con él por allí habian venido, que pasaba á treinta leguas de aquella cibdad; y que le darian hasta doce españoles, para que viniesen él, como porque ellos sabian que todo el camino de Vadillo, era despoblado; é que desde Cartajena se podria ir por la via del Nombre de Dios é Panamá é Car-

tago: y que allí en el Audiencia, daría razón de lo que en aquellas provincias había subcedido. Y no pudo hacer otra cosa, é salió de aquella ciudad, á ocho días de Enero de 1542 años, é dejó en ella por Teniente al alcalde Alvaro de Mendoza; é sacó consigo con los doce españoles, cinco de caballo, é siete de pié, que tomó para su viaje hasta treinta españoles, hasta llegar á la provincia de Guaca.

Como el Capitan salió de la ciudad de Antiochia, vino á la provincia de Currume, donde envió á llamar el cacique de paz; é viendo que no venia, envió ciertos españoles á entrar, los cuales prendieron algunos indios, é entre ellos un señor principal, y se trujeron ánte el Capitan, el cual les habló muy largo haciéndoles entender qué era la paz y la guerra; é los dejó en sus bohios. E de aquí pasó la cordillera de monte, y salió á la provincia de Penco, donde los naturales, como estaban avisados de nuestra ida é del castigo que se había hecho en las provincias comarcanas á las de Hevejico, no paró indio con indio; pero todavía se prendieron algunos. É desde esta provincia, pasó al pueblo de Cunquiva, é para entrar en él, pasamos unas puentes de bejucos con harto peligro, é pasamos una cordillera de montaña muy fragosa, de arcabuco, é salimos á los valles de Nori é á la provincia de Guaca, que solia ser una de las mejores poblaciones que en toda aquella comarca había. Y estaba todo destruido é abrasado por las armadas de Cartajena, que por allí habían pasado, que era la mayor lástima del mundo ver las arboledas y frutales y asientos de bohios y fuentes hechas á mano, que todo estaba destruido. Esta provincia está, de la ciudad de Antiochia, cerca de treinta leguas, de tierra muy áspera é fragosa, y hay que pasar en ello una cordillera

de montaña muy mala; por esta provincia, pasa un rio, que dicen el de Leon, el cual es muy peligroso, é le habiamos de pasar por fuerza; é no hallando aparejo para hacer balsas para pasarle, todos los que habiamos de venir con el Capitan, le pasamos á nado con los caballos. É aquí estovimos algunos dias rehaciéndose de comida y aguardando á ver si los indios saldrian de paz, porquel Capitan los habia enviado á llamar. Los cuales vinieron, é los rescibió muy bien, é los habló é hizo entender, como él no les venia á hacer daño ninguno, sino á tenerlos por hermanos y amigos; é que se estoviesen en sus casas, é que no toviesen miedo ninguno. É ellos dijeron que ellos ansí lo querian, é que lo mismo les habian dicho otros muchos cristianos, que por allí habian pasado; é no se lo habian guardado, ántes les habian hecho mucho daño, é les habian muerto todos los indios y el señor llamado Notivara tambien; é que mirase los asientos de las casas que por allí habia, é como ya no habia nada. Por cierto. estos dos indios tenian razon, y era lástima oírse lo decir. El Capitan les dijo, como ya aquellos cristianos, que por allí habian pasado, eran bellacos, é que todos eran muertos; é que ya no harian más daño. É que con esto que les dijo, é con ciertos rescates quel Capitan les dió, quedaron en sus casas é muy contentos, diciendo que habian de ir al pueblo donde estaban los cristianos, á verlos. Y el Capitan mandó al alcalde Antonio Pimentel que, con la gente que sobraba de los doce que habia de llevar para su camino, se volviese á la cibdad, el cual ansí lo hizo. Y cómo fue partido el Capitan, viendo que no eramos más de doce españoles, é que era necesario siempre ir muy juntos, llevando en medio ciertos indios, en que llevabamos la comida, porque si ibamos derramados,

podría recrecer daño, mandó lo hiciésemos así. Y comenzamos á caminar, y fuimos aquella noche á dormir á la salida aquella provincia junto á un arcabuco. É otro dia, al alba, partimos é en dos dias llegamos al pié de las sierras de Avive, á donde se pasó mucho trabajo, porque, como habia más de seis años que gente por allí no habia pasado. no habia camino y todo estaba muy cerrado de helechales. É yendo por un arroyo de agua, á la sobida destas sierras, perdimos el camino, y por tomar una loma, tomamos por otra, é fuimos por ella tres dias; al cabo de los cuales, conoscimos ir errados, porque habiendo de caminar al poniente, íbamos al norte. Y hobimos de volver con mucho trabajo, porque era una bajada muy peligrosa, para cinco caballos que llevábamos, hasta ponernos al pié de la loma. É allí se buscó el camino, é Nuestro Señor fue servido de deparárnoslo; y le conoció un negro ladino que traíamos por guia, aunque habia mucho tiempo que por allí no habia pasado. É tomamos una loma, en la mano, la cual nos sacó con harto trabajo de las sierras, porque ya la comida se nos iba acabando, y no hallábamos cosa que comer, ni aún yerbas que fuesen buenas. É como hobimos bajado las sierras, á la pasada de un rio, tornamos á perder el camino, y anduvimos ciertos dias perdidos, que no sabiamos á que parte estábamos, porque todo era arcabuco muy cerrado, que no se via otra cosa sino el cielo y árboles. É íbamos cortando, haciendo camino, siempre á marco, porque una persona no podia pasar segun la arboleda era cerrada. É llevando perdido el tino, á la ventura, apartamos al *sonido* que un rio hacia, fuimos hácia él, y se conoció ser el de Leon, que nace de la cordillera que pasa por cima de la cibdad de Antiochia y rompe por las

sierras de Avive y entra en el rio del Darien, que sale á la mar del Norte; que es un rio muy caudaloso. Y como lo conocimos, dimos muchas gracias á Nuestro Señor por ello; é aquí hobo muchas opiniones, porque ya teniamos muy poca comida, que matásemos los caballos é los asásemos en barbacoa, que es hacer un muy grand fuego y encima del fuego armar como parrillas un artificio de cañas que está algo alto, y allí se asa; y se detiene mucho la carne; y que nos echásemos en balsas por el rio abajo, que el agua nos sacaria á la mar, é que valdria más, que nos pusiésemos por él á cualquier riesgo que nos podiese venir, que no dar lugar á que todos muriésemos enarcabucados, de hambre, é que nos comiesen las alimañas. Y visto por el Capitan los pocos españoles que traia, é que si por aquel rio nos echásemos, los indios nos matarian si los hobiese, y ya por allí ellos tienen yerba; y viendo que mientras en aquellos paresceres estaban, se desminuia más la comida. é que si por aquel rio fuese é algun daño les subcediese, á él le habian de echar la culpa; acordó de, á tino, por tierra, venir por donde se pone el sol; é que en tanto que los caballos nos duráran, no teníamos necesidad de comida, que con ellos nos podíamos sustentar mucho tiempo, y entre tanto Dios proveeria. É así andovimos otros muchos dias sin camino, aquí más allí, á las veces topando con rios que no podíamos pasar, y otras veces con ciénagas que nos undíamos en ellas; é siempre cortando, abriendo camino; é ya no teníamos con que cortar, porque todas las espadas é machetes se nos habian quebrado; y ya íbamos tan hechos á la hambre, que más era el miedo que llevábamos de ser sentidos de algunos indios, porque nos podian hacer mucho daño, por no llevar armas ningunas, que la comi-

da que nos faltaba. Pero tanto pudo la hambre, que se hobo de trocar lo uno por lo otro, que ya deseábamos topar indios, que aunque fuera á bocados peleáramos con ellos. É visto por el Capitan como la comida se acavaba, é que los indios que lleváramos é algunos de los españoles venian muy desfallecidos, hizo matar un caballo, que fue muy gran socorro, y todos la hallamos tan buena carne, que nos pareció que nunca en nuestra vida cosa tan buena habíamos comido, bien creo que lo debia causar la hambre, y en el lugar que nos tomaba, aunque lo comíamos sin pan é sin maiz, porque no lo habia. É algunos, como se metieron mucho en la carne, les dió cámaras é se vieron en mucho peligro; y mientras la carne duró, dimos muy gran priesa á caminar é hacer nuestro camino. É un dia, á puesta del sol, el Capitan mandó al capitan Vallejo fuese á ver unas sierras que parecian. cerca de allí, ser rozas viejas, que viesse lo que era, y así fué; y el Capitan con los demás echó por un arroyo arriba, y habiendo andado por él una legua, á la salida dél parecia en algun tiempo haber por allí habido rozas. Y andando el Capitan escarbando por las yerbas con una caña que llevaba en la mano, halló hasta tres granos de axí grandes, que lo que llaman en Castilla pimienta de las Indias, algo fresco. Y como lo halló, lo mostró á grandes voces á los que con él ibamos, y fue tanto el placer é alegría que todos hobimos, que aunque se hobiera hallado el mayor tesoro del mundo, no pudiera ser mayor, porque todos tovimos por cierto estar cerca de algun poblado. Y desviándose el Capitan un poco de nosotros, oyó cantar papagayos, y fuése solo hacia aquella parte y descubrió una roza de maiz seco que habria en ella mas de cient anegas de maiz; é como lo halló

volvió con tan gran regocijo, que no lo sabré decir, ni habria á qué lo poder comparar el que todos hobimos, porque ya íbamos muchos muy desfallecidos de las palmichas y otras yerbas que se comian, no sabiendo lo que eran; llevaban las bocás llagadas é perdidas. Y de placer no acertábamos hablar los unos con los otros; y luego acudió el capitan Vallejo con los demás, al regocijo que traimos, é aquí dimos muchas gracias á Nuestro Señor por tan grandes mercedes como nos habia hecho, en querernos socorrer en tan gran necesidad. É aqui estovimos cuatro dias, rehaciéndonos y comiendo de aquel maiz, tostado, que no habia en que lo moler para hacer pan; y lo tovimos por tan bueno como rósca de Utrera en Sevilla. É tomamos comida para seguir nuestro camino; y nunca en el tiempo que allí estovimos, fuimos sentidos de indios, de lo cual no poco nos maravillamos, porque dimos en los bohios de los indios, é estaban llenos de adrezos de casas, y no vimos á nadie. Lo cual Nuestro Señor fué servido, porque si lo fuéramos, en mucho peligro nos viéramos, por causa de no llevar armas, é los indios ser flecheros é muy belicosos. É así, con más espanto de salir con nuestro camino, que hasta allí habíamos traído, viendo que ya estábamos proveidos de comida, tornamos á él, é á cabo de ciertos dias que habíamos caminado, dimos con cortas antiguas hechas en los árboles por españoles de las armadas de Cartajena, por dondè conocimos ser aquel el camino. Y á veces perdiéndole, caminamos por él diez ó doce dias; é sin hacer ningun sentimiento, pasamos por la provincia de Cera-cuna, que solia estar poblada é ya no hay sino monte donde solia haber casas, con harto temor. Y desde esta provincia, el Capitan mandó que todos fuesen con cuidado, porque los naturales

de allí eran muy grandes traidores é flecheros; con yerba de veinte é cuatro horas é ansi, caminamos hasta llegar a un rio, que dicen de las Guamas, á donde, en la plâya dél, estaba encendido un leño con fuego ahumeando; é no se vió persona alguna; é no se dejó de tener algun recelo, por ir faltos de armas, porque todo se habia quebrado haciendo camino, que entre todos no venian dos espadas. Y porque en este rio los naturales habian usado de grandes traiciones, por ser él hondo y tener barrancas donde se ponian á flechar; y habian muerto en él muchos cristianos. Y el Capitan mandó al capitan Vallejo é á Alonso de Villacreces é á Francisco de Cúellar é otros dos españoles, entrasen por el arcabuco, por junto á las barrancas, é tomasen los altos; é el Capitan con la demás gente vino por la playa; é pasamos sin riesgo ninguno los unos é los otros. É nunca en todo el rio se pudo hallar rastro de indios, de que mucho nos admiramos é no sabiamos á que fin lo echar. É con mayor cuidado proseguimos nuestro camino, é salimos del rio; y pasado un cañaverál, dimos en un arroyo, en el cual, á obra de media legua que por él habiamos andado, dimos con un indio de aquella tierra, que estaba pescando, y se tomó y se trujo ante el Capitan. El cual, como era de lengua diferente de la de donde nosotros veniamos, no se le entendió, nada más de que dijo San Sebastian, y señalaba con la mano hácia adelante; lo cual decia por un pueblo de cristianos que se llamaba así, que está poblado, quince ó diez y seis leguas de allí, de que no poca alegria todos hobimos. Y se dieron muchas gracias á Nuestro Señor por tantas mercedes como nos hacia, y el Capitan dió ciertas mantas y chaquira al indio, que él tuvo en mucho, y le soltó para que se fuese, diciéndole que lla-

mase á los caciques, que le viniesen á ver é que trujesen comida, porque nosotros llevábamos falta por haberse acabado la que habíamos tomado. El cual indio, despedido de nosotros, tomó un arco con sus flechas que tenía debajo de una palma y su yerba envuelta en unas hojas, porque si lloviese no se le mojase, é se fué. É nosotros seguimos nuestro camino, é de ahí á cuatro ó cinco horas, vinieron en nuestro seguimiento un cacique con ciertos indios é indias; é como nos alcanzaron, venia con nosotros un español que se dice Juan de Frades, que se habia hallado en la conquista de aquella tierra; y como los indios le vieron, con haber seis años y más que no le habian visto, se fuéron para él los brazos abiertos nombrándole por su nombre, preguntándole que de dónde venia, qué se habia hecho. Y él los llevó al Capitan. el cual los recibió muy bien, é les dió muchas dádivas de ropa de aquellas provincias, é mucha chaquirá; é ellos trujeron mucha comida de yuca é gallinas é maiz, é venian cada hora muy gran cantidad de indios á vernos, con arcsos y flechas é su yerba muy envuelto en sus hojas, porque no se les mojase. No dejábamos de tener temor, nó se les metiese el diablo en el cuerpo, é hiciesen algun daño, lo cual si ellos quisieran, bien á su gusto lo pudieran hacer, por el mal proveimiento que de armas teniamos; pero con las dádivas quel Capitan les daba, despues de ser Nuestro Señor servido, no tovieron atrevimiento. Aunque los indios de la tierra le importunaron aquí mucho, que á trueque de oro, les diese de aquellos indios é indias que traia, para tenerlos á su servicio como á manera de esclávos; y el Capitan les dijo: ¿queríades vosotroz que si vos llevasen á otras tierras, que allá os rescatasen con algunos indios? pensad que por quanto oro teneis,

no lo tengo de hacer, porquéstos son libres como vosotros, y si vienen conmigo, es por la necesidad que para ellos habia; y se han de volver luego. Y los indios, como vieron que tan poca codicia tenian del oro, se maravillaron mucho é le dijeron que era buen Capitan, e que á él querian por tal; é así se lo enviaron á decir á Pedro de Heredia, en cuya gobernacion caia aquello, que no les dejase á otro por Capitan.

Aquí hallamos una cruz puesta en un arroyo, hecha de cristianos, donde todos la adoramos; é tovimos por cierto lo que el primer indio nos habia dicho, dando gracias á Nuestro Señor por ello. É los indios se despidieron aquí del Capitan, muy contentos de su persona é del tratamiento que les habia dado, é le dieron dos indios para que le sacasen hasta la mar, los cuales en tres jornadas, por muy áspero camino, así de arroyos como de fragosidad de montaña, nos sacaron a la mar. É de aquí, por de dentro de la mar, que el agua nos daba á la cintura y á los pechos, fuimos dos dias hasta el pueblo de cristianos que se dice San Sebastian de Buena Vista, y por otro nombre Huzava, donde se pasó más trabajo en estos dos dias, que estoy por decir que en todo el camino que habíamos hecho; porque, como la mar andaba algo brava, las olas nos molieron mucho, por causa de venir á pié. Y así llegamos muy molidos al pueblo; á donde todos llegamos á punto de muerte, y hallamos por teniente é capitan en él á Alfonso de Heredia, hermano de Pedro de Heredia; y como él y los que con él estaban, nos vieron y del arte que veniamos tan destrozados y descalzos, llenos de llagas las plantas de los pies, del agua y arena, flacos, amarillos de la poca comida; se espantaron mucho, porque nunca tovieron noticia de nosotros hasta aquel dia. Y mucho mas,

fue, cuando supieron de donde veníamos, por haber tenido tan gran atrevimiento en hacer el camino que habíamos hecho, tan pocos españoles como éramos. Y en lugar de hacernos buen hospedaje y socorrernos con lo que tenían, como cristianos, pues tenían el nombre, el Teniente y Capitan que allí estaba, cojo con dos mulas, que no se podía menear de los males, que se quería morir, como supo traíamos no sé qué oro, y lo que el Capitan habia servido á S. M., é lo que dejaba hecho la pura envidia y codicia le hizo arreciar; y él y su hermano Pedro de Heredia, que despues vino, nos tomó é secretó (1) todo lo que traíamos, echándonos en prisiones, metiéndolo todo á barato, diciendo pertenecerle la cibdad de Antiochia, que el capitan Jorge Robledo habia poblado é descubierto é conquistado, mientras ellos estaban torreznando. Sobre lo qué, despues de habernos hecho allí tantos agravios, cuantos parescerán por un proceso que allí hizo, envió al Capitan á estos reinos á S. M., é algunos de los demás con él; á donde los señores del Concejo conocieron de la causa.

(1) Por secuestró.
